

PUNTO ROJO

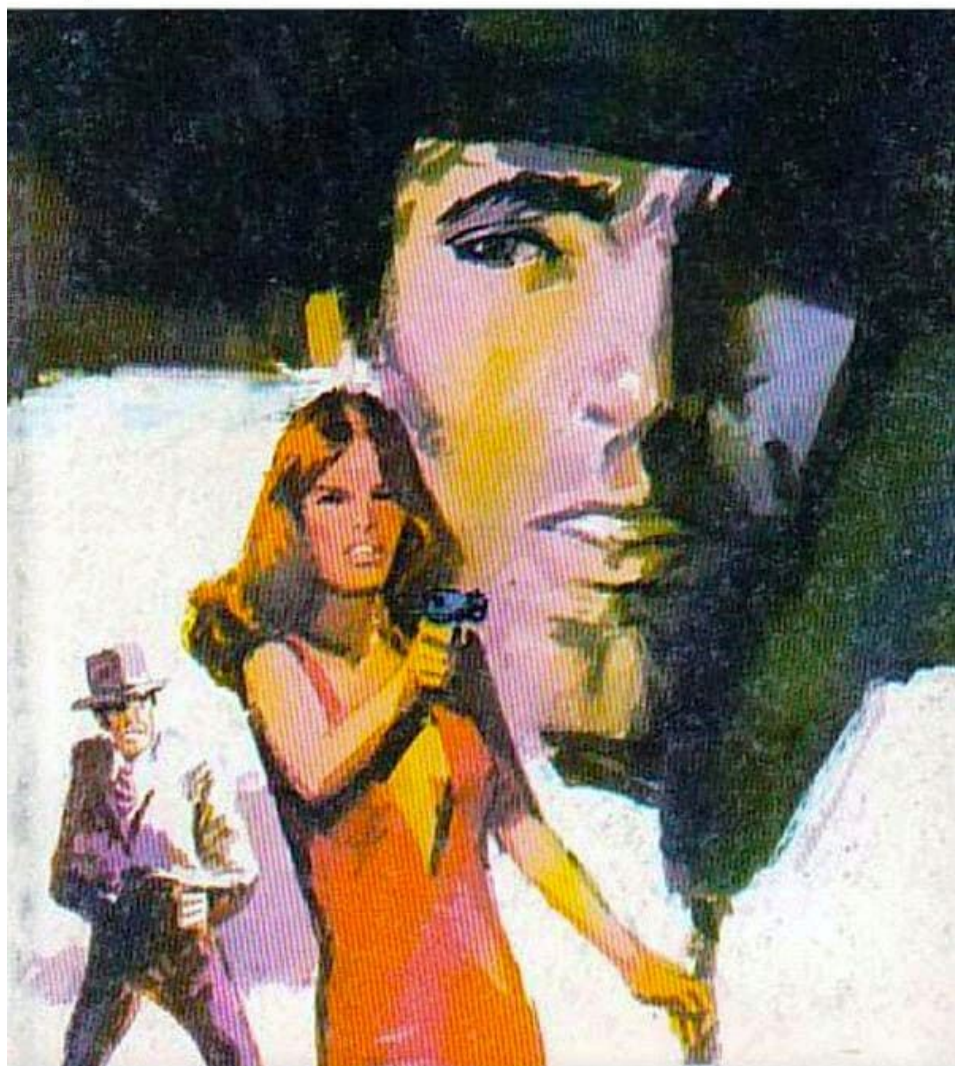
BRU
GUE
RA

BOLSILIBROS

 POLICIACO

LA QUE NO EXISTIA

Burton Hare



Sabía que nunca volvería a ver todo el lujo que tenía alrededor. Quizá por eso paseó la mirada en torno con una suerte de melancólica nostalgia.

Suspiró, mientras cerraba la maleta en la que había amontonado apresuradamente lo más imprescindible para una mujer elegante y de buen gusto.

Ya podía marcharse. Llevó la maleta al pequeño *hall*, donde ya esperaba un neceser de viaje.

Volvió atrás para apagar las luces del dormitorio.

Antes que sus dedos llegaran al interruptor las luces se apagaron todas a la vez. No sólo las del dormitorio, sino de todo el apartamento.



Burton Hare

La que no existía

Bolsilibros - Punto rojo - 1155

ePub r1.0

Lds 28.12.17

Título original: *La que no existía*

Burton Hare, 1984

Cubierta: Lozano

Colección PUNTO ROJO n.º 1155. Bruguera – 1984

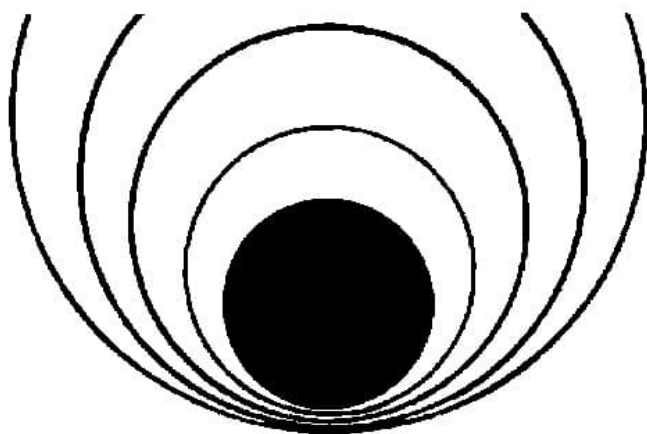
Colección PUNTO ROJO n.º 31. Ediciones B – 1992

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





PUNTO ROJO

CAPÍTULO PRIMERO

Sabía que nunca volvería a ver todo el lujo que tenía alrededor. Quizá por eso paseó la mirada en torno con una suerte de melancólica nostalgia.

Suspiró, mientras cerraba la maleta en la que había amontonado apresuradamente lo más imprescindible para una mujer elegante y de buen gusto.

Ya podía marcharse. Llevó la maleta al pequeño *hall*, donde ya esperaba un neceser de viaje.

Volvió atrás para apagar las luces del dormitorio.

Antes que sus dedos llegaran al interruptor las luces se apagaron todas a la vez. No sólo las del dormitorio, sino de todo el apartamento.

Sobresaltada, la hermosa muchacha retrocedió a tientas hacia la puerta. Tropezó con una mesita baja y lanzó una exclamación de dolor. Se entretuvo unos instantes acariciándose la espinilla y después, refunfuñando, reanudó su camino en las tinieblas.

De pronto creyó notar una leve corriente de aire, como si la puerta del apartamento estuviera abierta. Sin embargo recordaba muy bien que debía estar cerrada.

Un ramalazo de temor la invadió. Algo impreciso todavía, pero que le hizo sentir una corriente de hielo en los nervios.

Luego, un objeto terriblemente duro se abatió sobre su cráneo. Ni siquiera gritó. Sólo cayó de bruces con un golpe sordo.

Aquella cosa dura subió y bajó una vez con ímpetu salvaje contra su indefensa nuca.

Una voz contenida farfulló:

—¿La tienes?

—Seguro.

—Hay que sacarla por la escalera de escape. No enciendas las luces por si hay alguien desvelado en los otros apartamentos.

—Esto está más negro que la tinta...

Los dos hombres levantaron el cuerpo inerte y echaron a andar.

La escalera metálica estaba casi tan a oscuras como el piso que dejaban atrás. Descendieron con dificultad, cautelosos, hasta el último tramo deslizante.

Allí, uno saltó primero. El otro dejó caer el cuerpo de la muchacha, que rebotó en el suelo y después se deslizó él.

—¡Vamos, vamos, aprisa! —urgió el que llevaba la voz cantante.

Había un largo sedán negro aparcado a la salida del callejón. Arrojaron a la inerte muchacha sobre el asiento posterior y luego el auto se puso en marcha, sorteando el tráfico hasta lanzarse cuesta abajo, rumbo a los muelles.

Al fondo destellaban las luces del Golden Gate como una centelleante guirnalda colgando sobre la bahía.

Veinte minutos más tarde el conductor estacionó a la sombra de un inmenso almacén del puerto. Los dos hombres se apearon.

Sacaron a la mujer a tirones. Uno exclamó:

—¡Aún vive!

—Tápale la boca por si reacciona. Eso lo arreglo yo en un momento, Emerson.

—Lástima... es la mujer más excitante que...

—¡Cierra el pico! Y sujétala bien.

El otro sacó una navaja de resorte. Emerson cerró un instante los ojos mientras el cuchillo centelleaba en la oscuridad. Sintió en sus manos el salvaje tirón del cuerpo al recibir la cuchillada y sintió que le castañeteaban los dientes.

—No me gustan los cuchillos —masculló—. Prefiero las pistolas.

—Tú eres muy listo. Dispara un tiro en este silencio y verás lo que pasa... Ayúdame y deja de graznar.

Levantaron el cuerpo llevándolo hasta el borde del malecón. Tras un violento balanceo lo lanzaron al aire. Sonó un violento chapoteo, el agua grasienta se agitó, hubo un remolino de espuma y después nada. Silencio.

—Ya podemos largarnos.

Regresaron al coche. Sin encender las luces, maniobraron para dar la vuelta. Después el conductor encendió los faros y aceleró

hasta regresar al tráfico de la ciudad.

Los dos asesinos se sentían satisfechos del trabajo bien hecho. Un trabajo en el que nunca fallaban.

* * *

La pelirroja emitió un gritito de contento, mientras la boca de Ken levantaba ampollas en su piel a cada beso.

—¡Me matas! —jadeó, enloquecida de deseo.

—Grita un poco más y los vecinos llamarán a la policía.

—¿Qué vecinos?

Le cerró la boca con los labios. Ella parecía enroscada en su cuerpo como una serpiente, y el calor de su piel se fundía con su propio calor, y el palpar de su sangre semejaba el martilleo loco de una máquina de vapor.

—Eso no debería sucederme a mí... con mi experiencia...

—¿Qué? —Gruñó él.

—Eso. Pierdo la brújula contigo.

—Hablas demasiado.

Suavemente, besó las cumbres rosadas de sus pechos. La muchacha volvió a gritar con voz ronca, retorciéndose contra él.

Sonó el teléfono y el timbre ahogó su voz.

Ken irguió la cabeza.

Ella exclamó:

—¡Olvidalo!

—Bueno.

No era tan fácil. El timbre no cesaba, monótono, una y otra vez, como si no fuera a callar jamás.

Ken soltó un juramento, sentándose en la cama.

La muchacha pelirroja repitió:

—Olvidalo y sigue con lo que estabas haciendo.

—¿Con ese escándalo?

—Entonces tíralo por la ventana, pero no pierdas más tiempo.

—Voy a...

Saltó de la cama. Se dio un trastazo contra una silla y maldijo en voz alta hasta que atrapó el auricular.

—¿Qué infiernos pasa? ¡Cuelgue, quien sea!

—¿Ken Lennox?

Era una voz de mujer, gruñona, sombría.

—¡Oh, no...!

—Señor Lennox, va a hablar con el señor Lashman. —Dígale que me he muerto.

Una voz como un rugido bramó por el auricular:

—¡Ojalá fuera cierto ateniéndonos al trabajo que cobra y no hace!

—Oh, es usted...

—¡Claro que soy yo!

—Bueno, bueno, no me grite. Tengo dolor de cabeza.

—Dudo incluso que tenga cabeza... ¿Qué hay de su artículo sobre Laurel Cope?

—Nada todavía. Ni una pista.

—Lo creo. Espera usted que le traigan las pistas a su antro mientras se revuelca con cualquier fulana...

—¡Espere un minuto, señor Lashman...!

—¡Ya me oyó! La policía tiene una pista. Seguramente han encontrado a esa dama a estas horas y usted no tiene nada que escribir... Apuesto que la competencia ha metido en máquinas todo el caso.

Ken dio un brinco.

—¿Quiere decir que la policía la ha encontrado?

—Por lo menos ellos piensan que sí. ¿Aún está agarrado a ese teléfono?

Ken colgó de golpe.

La pelirroja runroneó:

—¿Qué pasa, quién era?

—He de irme.

—¡Eh, no puedes hacerme eso a mí!

Él ya estaba vistiéndose.

—Lo siento —dijo apresuradamente—. Es algo importante... tan importante como para dejarte así, tal cual.

La miró en la penumbra, su delirante cuerpo desnudo recortándose contra la tenue claridad de la ventana. Ella se había arrodillado sobre la cama y le miraba a su vez echando chispas.

—De modo que enciendes la hoguera y luego te largas por las buenas —le apostrofó—. He sido una tonta.

—No lo comprenderías...

—Claro que no. ¿Cómo puedo comprender que prefieras a alguien que te grita a...?

—Ese alguien podría dejarme cesante sólo con chasquear los dedos.

Se abrochó la camisa. Ella saltó del lecho y aseguró:

—No volverás a verme en todos los días de tu vida, Ken Lennox.

¿Lo oyes? ¡Olvídame!

—Tómalo con calma.

—¡Vete al infierno!

La vio desaparecer dentro del cuarto de baño. Suspiró resignadamente y dijo a través de la puerta:

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, nena. Quizá pueda regresar pronto...

—¡Puedes irte al diablo por lo que a mí concierne!

Se encogió de hombros y abandonó el apartamento como si le persiguieran.

Pensaba en la pelirroja y en lo que se perdía, naturalmente. Pero también pensaba en otra mujer.

En Laurel Cope...

CAPÍTULO II

El teniente Cox sacudió la cabeza, fastidiado.

—Fue una falsa alarma —gruñó—. Creímos que era ella, pero resultó que no. Todos tus colegas se llevaron un buen chasco.

—De modo que avisaste a la prensa y todo, ¿eh?

—¿Quién, yo?

—Pero te olvidaste de mi nombre.

—No desbarres. Yo no avisé a nadie. Había tres o cuatro chupatintas en la sala de detectives cuando llegó la noticia. Ellos fueron los primeros que lo dieron por hecho.

—Ya veo... ¿Quién era la dama que dio el chasco?

—Una secretaria con un cuerpo de vértigo y todo lo que quieras, pero ni siquiera se parecía a Laurel Cope.

Ken Lennox se echó atrás en la silla. Dentro del despacho policial flotaba una nube de humo procedente del grueso y pestilente cigarro del teniente. Él encendió un cigarrillo, quizá para contribuir con su aportación al veneno que respiraban, y comentó:

—Se me ocurre que esa golfa es alguien muy importante, ¿no crees?

—¿Laurel? Es la clave. Con ella podemos hacer saltar todas las defensas de ese cerdo y meterlo donde debe estar. Sin la chica Ben Russo es invulnerable.

—Quiero decir que es importante para Russo precisamente.

El teniente arrugó el ceño.

—Por supuesto. ¿Qué diablos estás pensando?

—Que él andará buscándola con más interés que la policía, me parece a mí.

—Oh, seguro que la busca. Es una carrera contra reloj. Si él la encuentra primero, la dama desaparece y todo el caso se convierte

en humo. Si la localizamos nosotros, Benny Russo está acabado para el resto de sus días.

Lennox saboreó el tabaco unos instantes y luego comentó:

—Nada de todo esto es lógico. Esa mujer fue fichada. En los archivos constan sus huellas, sus fotografías; hasta sus medidas anatómicas, que son de campeonato. Lo tenéis todo, menos una maldita pista. ¿No te sugiere nada eso?

—Sí, que Russo ya la encontró.

—Ajá. Te apuesto una botella de escocés a que a estas horas Laurel está enterrada y pudriéndose en algún lugar discreto.

El teniente hizo una mueca de resignación.

—Si es así nunca atraparemos a Russo.

—¿Sabes una cosa? Creo que ya es hora de que alguien arme un poco de ruido en los periódicos. Voy a escribir algo al respecto.

—Cuando lo hagas ocúpate de que estés al corriente de pago de tus primas del seguro.

Ken se encogió de hombros.

—Lo pensaré. ¿Cuándo terminas tu turno?

—Ésta es otra. Casi he olvidado lo que es una buena cama. Estarnos en época de vacaciones y nos falta personal. ¿Por qué lo preguntas?

—Pensaba en tomarnos unas copas abajo, en la cafetería de la esquina.

—Olvídalo.

—Llámame si ocurre algo nuevo.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero.

En aquel instante sonó el teléfono y el policía lo descolgó distraídamente.

—Hable. Aquí Cox, de Homicidios.

Ken le vio pegar un respingo y ponerse rígido como una tabla.

—¿Estás seguro? —barbotó Cox.

Sus ojos buscaron al reportero y a través de ellos Lennox creyó captar un ramalazo de ira.

Al fin gruñó:

—Voy para allá.

Ken le atosigó:

—Bueno, ¿qué pasa?

—Te lo contaré en el coche.

Salió disparado con el periodista pisándole los talones.

Minutos después, el auto policíaco corría por las calles con la sirena aullando.

—Está bien —dijo Ken, fastidiado—. Suéltalo.

—La patrulla marítima ha pescado el cuerpo de una mujer, en la bahía. Por las señas podría tratarse de nuestra dama.

—¿Laurel?

—Pudiera ser.

—¡Ese sucio hijo de perra! —estalló Lennox.

—No es seguro que se trate de ella.

Ken no replicó. Una sorda cólera burbujeaba en su interior.

Al fin dijo con voz ronca:

—Si es ella voy a escribir lo que nunca se ha dicho de ese puerco.

—Y te enterrarán.

—O no.

—Tú estás chiflado.

El departamento de policía de los muelles estaba en un paraje que hubiera hecho las delicias de un director de cine de la vieja escuela. Lóbrego, siniestro, sólo la luz amarillenta de sus ventanas se abría camino entre la niebla que se espesaba por instantes a medida que avanzaba la madrugada.

Había algunos policías en la sala de entrada, y un hombre cubierto con una bata blanca fumaba un puro sentado en un rincón.

Cuando vio al teniente por poco no se tragó el cigarro.

—Se ha dado usted mucha prisa, ¿eh? —exclamó—. Me gustaría que de vez en cuando su gente dejara los muertos en paz durante la noche.

—¿Cree que los fabricamos nosotros, doctor?

—No me sorprendería, dado su interés en fastidiarme.

—¿Qué tal es la dama?

—Ahora, una porquería. Pero debió de ser algo grande en vida. Un monumento de los que le gustan a usted, Cox.

—¿Cuánto tiempo llevaba en el agua cuando la pescaron?

—Un par de días o quizá menos. Los peces han hecho un buen trabajo, lo que dificulta las cosas.

—Los peces, ¿eh, doc?

—Se dieron un banquete. Tal vez esos mismos sean los que usted

se coma después en cualquier restaurante. ¿No es una idea nutritiva, teniendo?

Jack Cox le dirigió una mirada capaz de fundir un bloque de hielo.

El médico soltó una risita y echó a andar. El policía y Lennox le siguieron.

Habían colocado el cuerpo sobre una alargada mesa con la superficie de mármol. Estaba cubierto por una sábana que el doctor retiró de un tirón.

Ken sintió que el estómago se le encabritaba.

El cuerpo estaba desnudo y mostraba los estragos que los voraces peces le habían producido.

Cox trató de reconocer el rostro de la mujer muerta. Era una tarea difícil, porque era la zona del cuerpo que más había sufrido la voracidad de los peces. La larga cabellera pelirroja había sido ordenada en torno a la cabeza, casi desprendida del tronco por un feroz tajo en la garganta.

No obstante barbotó entre dientes:

—Es ella. Estoy casi seguro... pero haré que los muchachos obtengan sus huellas dactilares.

—¿Quién cree usted que es?

—Laurel Cope. Esta cabellera pelirroja, y ese cuerpo soberbio a pesar de los destrozos. Y esas largas piernas...

—Le ha caído buena si se trata de esa mujer.

—Cúbrala.

Dio media vuelta y se encaminó a la salida, con Lennox a su lado.

Una vez fuera encendió un cigarrillo y masculló con voz tensa:

—Siento tentaciones de buscar a Russo y llenarle la cabeza de plomo ¡Maldita bestia sanguinaria!

—Tómalo con calma, Jack. Yo siempre pensé que si no la cazabas los primeros días, Russo se saldría con la suya. Ella conocía mejor que tú, sabía los lugares donde podía buscar refugio. Todo estaba a su favor.

—Incluso así... ¡Condenación! Yo conocía la historia de esa chica, ¿comprendes? Fue la amante de Russo durante un tiempo, y estaba fichada, pero era una buena chica. No merecía terminar de esta manera tan sucia.

Ken no replicó. Ni él mismo era capaz de explicarse el profundo impacto que le había causado la visión del destrozado cadáver de la mujer. Nunca en su vida la había visto y todo lo que sabía de ella no era precisamente edificante, no obstante la ira crecía en sus sentimientos igual que una marea.

El policía arrojó el cigarrillo recién encendido.

—Vamos, mandaré a alguien que le tome las huellas, aunque personalmente no dudo que se trate de Laurel. Algún día le aplastaré la cabeza a Russo así sea lo último que haga en la policía.

—Cuando lo hagas me gustará mucho estar presente.

Apenas cambiaron más palabras durante el viaje de regreso a la Central. Ambos sabían que con la muerte de aquella mujer todo el caso se derrumbaba como un castillo de naipes. Jamás volverían a tener una oportunidad semejante de poner al descubierto las pruebas necesarias para hundir definitivamente al más despiadado criminal de los últimos años.

Como si hablara para sí mismo, Cox barbotó:

—Además, estoy seguro que ella debía saberlo...

—¿Saber qué?

—El lugar donde almacenan la mercancía. La última partida, si nuestros informes son ciertos, es algo fuera de lo común. Y eso nos lleva a otro problema.

—¿La distribución?

—Ajá. Con ella muerta ya no tienen nada que temer, así que esa montaña de veneno saldrá a la calle y todo su regimiento de «camellos» habrá de trabajar horas extras.

—Suponiendo que sea cierto que consiguieron entrar una partida semejante. Pienso que un cargamento de heroína de esta magnitud es muy difícil de manejar, y aún más difícil de financiar, incluso para un bastardo como Ben Russo.

Cox no discutió. Volviéndose hacia la ventanilla contempló con gesto melancólico la niebla que cubría las calles como un sudario.

Pensó que para la pobre muchacha había sido realmente un sudario, una mortaja húmeda y sucia que había envuelto su maravilloso cuerpo que tantas pasiones despertara estando viva.

Se despidieron a la entrada del edificio policiaco, y el teniente subió los escalones como si le persiguieran.

No era precisamente un hombre feliz.

El detective de primera Tony Mungan hizo una mueca al teléfono y dijo persuasivamente:

—Escucha. Ya sabes que... Sí, sí, con toda seguridad, yo sólo tengo una palabra... ¿Cómo he de decirte que no hay otra mujer para mí? No, claro que no, cariño... ¿Para qué diablos necesito otra, si tú tienes suficiente para hacer dos mujeres?

Ladeó la cabeza y vio llegar al teniente Cox. Dio un respingo y dijo apresuradamente:

—Te veré después, encanto. He de colgar ahora.

Lo hizo de golpe. El rostro del teniente auguraba tormenta.

Cox paseó la mirada por la desierta sala de detectives.

—¿Dónde están los demás? —estalló.

—Hubo una llamada... atracaron una farmacia y creo que hay heridos. Salieron todos los hombres disponibles.

—Bueno, ahora va a salir usted.

Mungan tragó saliva.

—¿Ahora? —balbuceó.

—¿Tiene algo que oponer?

—No, claro que no, teniente.

—La policía del puerto ha sacado de la bahía el cuerpo de Laurel Cope. Quiero que vaya usted allí y tome las huellas dactilares del cadáver. Ojalá pudiera disponer de los peritos, maldita sea... Vacaciones, haraganes y...

—Iré ahora mismo, teniente.

—¡Largo!

Sin más, entró en su despacho y cerró de un portazo.

Fuera, Mungan maldecía para sus adentros, porque imaginaba a su apasionada rubia esperándole, tal vez aligerándose de ropa para estar a la altura de las circunstancias.

Y él debía visitar a una dama muerta y seguramente en mal estado. Para morirse.

Al fin se dirigió a la puerta dispuesto a cualquier cosa para no perderse el bombón rubio que tanto le costara ligar.

CAPÍTULO III

Jack Cox levantó la mirada y dio un respingo de sorpresa.

—Se ha dado usted una prisa del demonio, Mungan —exclamó.

El detective de primera sonrió de oreja a oreja.

—En realidad, teniente, tengo una cita muy importante. Ésa es la causa de mis prisas.

—Ya veo. ¿Ha conseguido usted esas huellas?

—Seguro, señor.

—¿Las ha cotejado?

—Bueno... eso aún no.

—Claro, por las prisas —gruñó Cox.

Esta vez el detective mantuvo cerrada la boca, calculando el tiempo que estaba perdiendo.

Cox le espetó:

—¿Ha regresado alguno de los que salieron por lo del atraco a la farmacia?

—Todavía no, pero han entrado de servicio Thomson y McShane.

—Está bien, lárguese y que se divierta.

Mungan salió zumbando.

El teniente contempló la serie de impresiones digitales que el detective había dejado sobre la mesa. Por lo menos eran perfectamente nítidas.

Pulsó un timbre y un agente de uniforme asomó la cabeza por la puerta.

—Lleve estas huellas a los archivos de identificación. Que las cotejen con las de Laurel Cope.

—Sí, señor.

Esperó, fumando y pensando en esto y aquello. A pesar de que

estaba seguro de no haberse equivocado, aún quedaba una remota posibilidad de que la mujer muerta no fuera Laurel, en cuyo caso aún podrían aplastar a Russo. Se dijo que de cualquier modo iría a calentarle las orejas al criminal, aun a riesgo de tropezar con sus bien pagados picapleitos.

La respuesta le llegó más tarde.

Las huellas digitales pertenecían a Laurel Cope sin la menor sombra de duda.

Al teniente, la ira le dominó durante un buen rato. Finalmente, abrió un cajón de la mesa y tomó su revólver de reglamento. Comprobó que estuviera cargado y, enfundándolo, abandonó el despacho rechinando los dientes.

* * *

Ken Lennox entró en el bar y acodándose en el mostrador se quedó mirando al corpulento propietario del establecimiento.

Joss Sperling, el propietario, gruñó:

—¿Lo de siempre?

—Cerveza.

—¿Qué pasa, no estás en forma?

—Necesito pensar. Cerveza, gordo.

—Conque necesitas pensar, ¿eh? Tal vez te remuerde la conciencia...

Le sirvió la cerveza. Ken dijo:

—En todo caso debería remorderte a ti.

Sperling le miró con sus ojillos enrojecidos. Era un hombre grande, ex boxeador, alcoholizado, con la cara aplastada por los combates de sus buenos tiempos. Ken pensaba a veces que su mentalidad debía ser poco más o menos como la de un gorila.

—¿Por qué a mí? —protestó—. Yo no cuento embustes en los diarios.

—Claro que no, pero fue aquí donde casi le echaron el guante a la chica.

—¿Qué chica?

—Laurel.

Sperling dio un brinco.

—¿Con qué sales ahora? Todo lo que yo hice fue mantener la

boca cerrada.

—Seguro. Callaste, en lugar de advertirla de que le pisaban los talones. Claro que eso ya no sirve de nada, aunque si tú hubieses sido un tipo decente en lugar de un bastardo, la policía la habría detenido como testigo de cargo y ahora estaría viva.

Sperling se quedó blanco.

—¿Quieres decir que está muerta?

—Tanto como tu tatarabuela. La han pescado en la bahía.

El hombretón se estremeció. Cuando pudo hablar lo hizo mascando las palabras, como si tuviera dificultad en modular la voz.

—Lo... lo siento, Lennox, de veras. Era una buena chica.

—Todo el mundo reconoce que era una buena chica ahora que está muerta. Pero nadie movió un dedo para ayudarla.

—¿Tú la has visto?

—Sí.

—¿Qué... qué le hicieron?

—Le cortaron el cuello, eso es lo que le hicieron. Aparte de algunas porquerías más. Y los peces también se dieron un banquete con ella. No era nada agradable de mirar, Sperling.

El gordo llenó un vaso de *whisky* y lo vació de un trago.

Tosió, carraspeó y maldijo entre dientes. Luego murmuró:

—Voy a tener pesadillas...

—¿Conocías a los tipos que la buscaban?

—Mira, Lennox, ella está muerta. No me metas en líos.

—¿Les habías visto alguna vez?

—¡No!

—¿Seguro?

—¡Vete al infierno!

El reportero dejó unas monedas sobre el mostrador.

—Sperling —masculló, sombrío—, ojalá ella o el diablo te pidan cuentas por tu cobardía. En cierto modo, tú habrías podido salvarla de haber tenido valor.

Se marchó refunfuñando, mientras el corpulento individuo se quedaba detrás del mostrador pálido y preocupado.

Llenó otra vez el vaso, lo miró un instante y al fin lo vació de golpe, como si tuviera prisa por caer redondo al suelo.

Ben Russo era un tipo delgado, dominado por la obsesión del dinero, las ropas elegantes, los coches de lujo y las mujeres espectaculares.

Frente al teniente Cox intentaba calcular sus posibilidades, con ese polizonte al que nunca habían podido sobornar.

Estaban en su oficina de la tranquila compañía de transportes que presidía. Era una buena tapadera para todo lo demás.

—No comprendo por qué viene a decírmelo a mí, teniente. Yo apreciaba a Laurel.

—La apreciabas tanto que mandaste asesinarla.

—No sea absurdo. Puedo demandarle si persiste en esta acusación sin fundamento. ¿Qué diablos cree que está haciendo?

—Tú mandaste tus matones en su busca. Lo sé, y ha habido ocasiones en que mis hombres casi han tropezado con ellos en los mismos lugares. ¿Vas a negarlo?

—Naturalmente que no. Yo quería encontrarla.

—¿Por qué?

—Para que volviera conmigo. Era la mejor chica de cuantas he conocido.

A Cox le hervía la sangre.

—Tienes un cinismo que asusta, Russo. Pero te juro que algún día te cazaré, aunque sea lo último que haga como policía. Y cuando llegue el momento sólo te pido una cosa: que te resistas. ¿Entiendes lo que quiero decir? Quiero que te resistas para que pueda llenarte las tripas de plomo Sólo eso.

Russo se levantó de un brinco, rojo de ira.

—¡Maldito sea! Nunca ha conseguido ni la sombra de una prueba contra mí, ni la conseguirá jamás. Voy a ordenar a mis abogados que le demanden.

—¿De veras?

—¡Ahora mismo!

Alargó la mano hacia el teléfono.

Cox dijo suavemente:

—Cuando presentes esa demanda, Russo, añádele otro cargo. Éste:

Lanzó el puño derecho contra la cara del gánster.

El golpe retumbó igual que un martillazo y el forajido salió volando hacia atrás. Se estrelló de cabeza contra la pared y acabó sentado en el suelo, donde quedó hecho un ovillo, gimoteando.

Jack Cox salió del despacho dejando la puerta abierta.

Fuera, una secretaria de pechos descarados levantó la mirada de la máquina de escribir. Un corpulento individuo que leía un periódico sentado en un rincón también le miró.

Cox señaló encima de su hombro.

—Entra ahí, gorila. Tu jefe tiene dolor de muelas.

Siguieron mirándole perplejos, como si les hubieran dicho que la tierra era cuadrada.

Cox se fue a la calle maldiciendo para sus adentros. Excepto la satisfacción personal por haberle sacudido al pistolero, sabía que no había conseguido nada práctico.

* * *

Los periódicos de la mañana publicaban con grandes titulares la muerte de Laurel Cope. Su fotografía campeaba en todos ellos.

Ken Lennox llenó dos páginas con un vitriólico reportaje que hizo estremecer incluso al propio teniente Cox, tanto como le enfureció ver la fotografía del destrozado cadáver de la muchacha que el reportero había conseguido de algún modo poco ortodoxo.

La noticia corrió como un reguero de pólvora por los ambientes donde estas noticias son devoradas con inusitado interés. Hubo mucha gente que se preocupó, mucha más que se indignó, y no pocos sintieron un arañazo en sus conciencias porque ellos habrían podido ayudar a la muchacha de haber tenido suficiente valor para hacerlo.

Los periódicos llegaron incluso a cierta clínica, discreta y exclusiva, establecida en un lugar paradisíaco, cerca de los bosques.

En todas partes, las informaciones sobre Laurel Cope desataron inesperadas reacciones.

En la clínica también.

En primer lugar, evitó una intervención quirúrgica.

En segundo lugar, hizo que un impecable doctor cirujano protestara en todos los tonos.

Y en tercer lugar, consiguió el milagro de que una paciente

saliera disparada de su cama, liara sus bártulos y tomando su coche emprendiera el camino de la ciudad sin perder ni un minuto.

En la ciudad, la mujer estacionó el auto muy cerca de un hotel discreto en el que nadie hacía preguntas. Allí se encerró en una habitación y buscó el número de teléfono del reportero cuyo artículo tanto la había impresionado.

El reportero era Ken Lennox, quien, después del incesante trabajo, y los nervios, y las discusiones con su jefe, había logrado aislarse en su apartamento y estaba dando buena cuenta de una botella, pensando en Laurel Cope, en Russo, en la muerte y en otras lindezas por el estilo.

Eso le llevó a la conclusión de que se imponía perder la conciencia, o de lo contrario no lograría dormir en una semana.

De modo que se llevó la botella a los labios y empezó a trasegar *whisky* como si tuviera prisa por acabarlo.

El timbre del teléfono interrumpió tan meritoria labor.

Descolgó el auricular y gruñó:

—¡Hable!

—¿Ken Lennox?

—Supongo que sí.

—¿El periodista Lennox?

La voz de mujer era cálida, casi sensual.

—Soy Ken Lennox, reportero y algunas cosas más. ¿Qué le pasa, hermana, quiere ver mis credenciales por teléfono?

—Debía asegurarme.

—Ya se aseguró. Y ahora cuelgue. Quiero emborracharme.

—¡Espere un momento! Le habla Laurel Cope.

Ken pegó un brinco. Miró con desconfianza la botella asegurándose de que aún no la había vaciado. Luego barbotó:

—¿Qué dijo?

—Soy Laurel Cope.

—¡Y un demonio! Aún no creo en fantasmas.

—Yo puedo hacerle cambiar de opinión. Está hablando con uno.

Lennox cerró los ojos un instante. La cabeza le daba vueltas y el alcohol burbujeaba en su interior, dificultando las cosas.

La suave voz del teléfono susurró:

—Voy a verle ahora, Lennox. Esta noche.

—¿Cómo, filtrándose por la pared?

—Algo así. Usted sólo espéreme, y no hable con nadie. —Si le hablara a alguien sobre esto me pondrían una camisa de fuerza...

Pero estaba hablándole a un teléfono mudo. Ella había colgado.

Agarró la botella y la vació en un tiempo récord.

Mientras se desplomaba sobre la cama se preguntó por cuál de las cuatro paredes se filtraría el hermoso fantasma de Laurel.

Porque si era ella quien se aparecía sin ninguna duda sería endiabladamente bella...

Así se quedó dormido.

CAPÍTULO IV

La niebla procedente de la bahía flotaba sobre las calles creando sombras, lagunas turbias en torno a los faroles, y llenando de humedad los coches estacionados junto a las aceras.

De la niebla surgió la mujer que anduvo a través de la calle hasta detenerse delante de la entrada de The Tavern.

La mujer empujó la puerta y entró.

Detrás del mostrador, el corpulento ex boxeador se enderezó, interesado.

La dama vestía elegantemente, tenía unas piernas largas y hermosas, y un leve velo sujeto al sombrerito velaba sus facciones.

—¿Qué va a tomar? —balbuceó Sperling.

Ella se detuvo. En una mesa alejada, dos borrachos trataban de contarse sus penas. O quizás intentaban recordar las razones por las cuales se emborrachaban.

—*Whisky* —murmuró la mujer—. De esa botella que guardas bajo la caja.

—¿Cómo sabe que tengo esa botella? Usted no había estado aquí antes... la recordaría.

—Tienes mala memoria.

Ella se encaramó a un taburete mientras Sperling se apresuraba a servirla. Le pareció que a través del velo unos ojos verdes y fulgurantes le vigilaban como los del diablo.

Empezó a notar un extraño escalofrío en la médula.

Ella tomó el vaso y lo miró al trasluz. Luego, para poder beber, levantó el velo hacia arriba.

Sperling emitió un quejido, los ojos le giraron en las órbitas y todo el alcohol que llevaba engullido pareció hervir de golpe en sus entrañas. Trastabilló, alejándose de la aparición.

Ella volvió a dejar el vaso sobre el mostrador sin haber probado ni una gota.

Sperling se volvió de espaldas. Las piernas apenas le sostenían. Sabía que aquello no podía ser cierto. Ella no podía estar allí, acusándole implacablemente con su sola presencia. Era imposible, por muy borracho que estuviera...

Cuando al fin se volvió, la pesadilla había desaparecido.

Pero sobre la barra quedaba el vaso con el *whisky* intacto.

Se precipitó hacia donde estaban los dos beodos.

—¿La habéis visto? —chilló.

—¿Qué?

—¿A quién?

—La chica... la mujer que entró hace unos instantes.

Se retorció las manos como si quisiera romperse los dedos.

—No he visto a nadie —tartajó uno, volviendo a llenar su vaso con los restos de la bedelía de mal vino.

El otro se encogió de hombros.

—Entró alguien... oí la puerta. Pero no me fijé.

—¡Era una mujer! Tienes que haber visto que era una mujer.

—No lo sé... oí la puerta, eso es todo.

Sperling corrió hacia la puerta y salió fuera. Miró arriba y abajo. La niebla era tan espesa que no habría visto un elefante a dos pasos.

Los dientes le castañeteaban cuando regresó detrás del mostrador. Tomó una botella y llenó un gran vaso hasta los bordes.

Después de vaciarlo no se sintió mejor ni mucho menos.

Volvió a llenarlo en busca de consuelo y entonces se abrió otra vez la puerta y entró Ken Lennox.

—¿Qué te pasa, gordo, tienes prisa por caer debajo del mostrador?

—Tú también te emborracharías si hubieses visto lo que yo he visto.

—Con tanto *whisky* en el cuerpo no me sorprendería que vieses peces de colores trepando por las paredes. Sírreme un trago y después puedes irte al infierno.

Sperling acabó con su propio *whisky* primero y después sirvió al periodista.

Inclinándose sobre la barra murmuró con lengua estropajosa:

—La he visto, Lennox. Ha estado aquí.

—¿Quién?

—Ella.

—¿Quién es ella?

—¡Maldita sea! ¿Es que no entiendes? Ella... Laurel.

Ken se atragantó con el primer sorbo.

—¿Qué demonios has bebido, gordo? Laurel está muerta.

—Ya lo sé. Sin embargo ha estado aquí. Pidió el *whisky* que ella siempre bebía... y luego se fue sin probarlo.

—Claro. Nunca se ha sabido de un cadáver que beba *whisky*.

—¡Pero ése es su vaso, Lennox! Te juro que estuvo aquí.

—¿Laurel?

—¡Sí, maldito seas!

—Y te ha pedido *whisky*.

—Del especial. El suyo.

—Tú estás loco, Sperling.

El hombrón sacudió su turbia cabeza.

Se tambaleaba sobre las piernas a punto de caer al suelo.

—Estuvo aquí —gimoteó—. Incluso su perfume... ¿No lo notas?

—Huelo la basura de siempre en este tugurio. Créeme, es tu conciencia que empieza a acusarte. Ves fantasmas.

—¿Tú crees que era un fantasma?

—Que sólo estaba en tu sucia conciencia. Tu complejo de culpa empieza a inquietarte.

—Y un fantasma viene aquí y pide *whisky*...

—Tú has creído que te pedía *whisky*. Pero no lo ha bebido. ¿Cómo iba a beberlo alguien que ni siquiera existe? Todo eso sólo ha sucedido en tu mente, en lo que sea que tienes en lugar de cerebro.

—Entonces estoy volviéndome loco, ¿eh?

—Pudiera ser. Y cualquiera sabe lo que verás la próxima vez.

—¿Tú crees que habrá una próxima vez?

—Oh, seguro que sí.

—No quiero ni pensarlo.

En alguna parte sonó un portazo.

Lennox gruñó:

—¿Qué fue eso?

—La puerta de atrás... ¡La puerta de atrás! —chilló, enderezándose—. ¡Esa puerta siempre está cerrada!

—Tu fantasma quizá...

Sperling salió trotando de detrás del mostrador y desapareció más allá de una cortina.

Se oyó un aullido agónico y luego el pesado golpe de un cuerpo al caer.

Lennox saltó del taburete y fue a ver qué pasaba.

El ex púgil estaba tumbado en el suelo, con los ojos cerrados y gimoteando entre dientes.

—Bueno, ¿y ahora qué te pasa? —exclamó Kent.

—¡Dile que se vaya, Lennox!

—¿De quién estás hablando?

—¿Es que no la ves?

—¿A quién?

Sperling se sentó en el suelo mirando alrededor con ojos alucinados.

—¡Estaba aquí, Lennox!

—Yo no vi a nadie.

—¡La puerta!

Ken fue a comprobar si estaba cerrada. No pudo abrirla sin dar vuelta a la llave.

—¿Te convences? Nadie ha podido entrar por aquí.

—Pero...

—Créeme, gordo. Deja de beber o haz que te visite un reductor de cabezas.

—¡Al infierno contigo!

Ken regresó al mostrador seguido por el hombretón.

El periodista tomó el vaso intacto que pidiera la mujer, lo miró un instante al trasluz y luego la vació de un trago.

Sperling chilló:

—¿Cómo te atreves a beber ese *whisky*?

—¿Qué pasa, le pusiste arsénico o qué?

—Es de Laurel.

—¡Al diablo con eso! Es un buen *whisky*.

Dejó unas monedas sobre el mostrador, encendió un cigarrillo y gruñó:

—Cuídate, gordo.

—Tú no crees nada de lo que te he dicho.

—Claro que no. Y déjame decirte algo más, gordinflón... No

quisiera estar en tu pellejo por nada de este mundo.

—Pero ¿por qué? Ella no tiene nada contra mí... nunca le hice daño...

—Pero pudiste prevenirla, salvarle la vida quizá. Hay muchas cosas por las que puede pedirte cuentas.

—¡Pero Laurel está muerta!

—Claro que está muerta. Es tu podrida conciencia quien te acusa, no Laurel. Cuando los «torpedos» vinieron rastreándola tú hubieras podido...

—¡Nunca dije que conociera a los tipos que la buscaban!

—No, nunca lo dijiste. Pero tu mente sabe que sí les conocías. Y lo que queda de tu conciencia te acusa. Que no te pase nada, Sperling.

Lennox se dirigió a la puerta y desapareció.

Sperling estuvo más de cinco minutos inmóvil como un poste, angustiado. Al fin, se atizó otro vaso de mal *whisky* y trató de convencerse de que todo aquello era fruto de una pesadilla, tal como afirmaba Lennox.

Eso no le consoló.

Los dos borrachos se fueron poco después y llegaron otros clientes. Hablar de sus penas le consoló en parte, y el *whisky* trasegado le ayudó a ser más locuaz que de costumbre, más charlatán de lo que hubiera aconsejado la prudencia.

Pero Sperling estaba borracho y asustado. En esas condiciones no cabía siquiera la prudencia.

* * *

El teniente Cox frunció el ceño.

—¿Tú también has oído esa historia?

—¿Qué historia?

—Lo del fantasma de Laurel Cope. Sperling cuenta que la vio dos veces, anoche.

—Oh, eso. También me lo contó a mí.

—¿Y qué?

—Estaba borracho, o empieza a volverse loco, vete a saber.

—Aunque sea así, ¿por qué amargarle la vida a un desgraciado como Sperling? Lo lógico sería que se apareciera a Russo en todo

caso.

Lennox dio un respingo.

—¿Aparecerse? —se asombró el periodista—. No me digas que crees en estas tonterías.

—No, claro que no. Pero hay cosas muy raras en el mundo, y la mente humana es una de esas cosas.

—Pamplinas. Laurel murió y ésa es la única verdad. Lo que le pasa a Sperling es que le remuerde la conciencia.

—Seguro. Sin embargo, espero que nadie más vea ese fantasma. Ya tengo bastantes líos.

Ken le examinó con perplejidad.

—No te entiendo.

—Hay infinidad de misterios que no comprendemos todavía en nuestro tiempo. Misterios de la mente quiero decir.

—Me preocupas, Jack. Cuídate.

Al cerrar la puerta detrás de sí, el periodista pensó que las preocupaciones del teniente no habían hecho más que empezar.

CAPÍTULO V

Los dos hombres entraron en The Tavern a última hora de la tarde.

Sperling, detrás del mostrador, perdió el poco color que le quedaba.

Los dos se encaramaron en sendos taburetes, pasearon la mirada por encima de la clientela que había en torno a las mesas, y al fin se encararon con el ex púgil.

—Trae cerveza, Sperling —ordenó Emerson—. Queremos hablar contigo.

El gordo se dio mucha prisa en servirles.

Preguntó con un hilo de voz:

—¿De qué quieres hablarme, Emer?

—De esas historias que cuentas sobre fantasmas.

Sperling tragó saliva con dificultad y su cara abotargada por los golpes y el alcohol adquirió un color terroso.

—Yo sólo dije lo que vi.

—¿Y viste a Laurel?

—Sí. Bueno, me pareció que era ella. Pidió *whisky*.

—Así que incluso te pidió *whisky*. ¿No te preguntaría también por nosotros, gordinflón?

La voz silbante del pistolero dejó sin resuello al dueño del bar.

—¡Oh, no! Sólo pidió de beber.

—Estabas borracho.

—Bueno, había bebido un poco.

—Vamos a darte un consejo, Sperling —intervino John Well—, mantén cerrada la boca si sabes lo que te conviene. Tú no nos conoces, nunca nos viste preguntar por Laurel. No nos has visto en tu vida.

—Entiendo.

—Ni siquiera estamos aquí ahora.

—Seguro que no...

Emerson rió entre dientes.

—Somos dos fantasmas, gordinflón. Pero dos fantasmas que pueden convertirte a ti en otro. ¿Entendido?

Sperling cabeceó, incapaz de hablar.

Bebieron sus cervezas y se fueron sin pagar.

Sperling siguió temblando un buen rato, hasta que los clientes exigieron su atención y eso le distrajo un poco.

Luego, cuando había logrado tranquilizarse, entró el teniente Cox. Lucía una expresión sombría en la cara y con sólo verlo el propietario del bar supo que iba a tener dificultades.

—¿Qué le sirvo, teniente?

—*Whisky*.

Se apresuró a servirle. El policía señaló la botella.

—¿Es el mismo que bebía Laurel? —Gruñó.

El gordo dio un respingo.

—¡No! Y no quiero hablar de eso.

—¿Por qué no? Tú le contaste a todo el mundo lo que viste. Quiero que me lo cuentes a mí.

—¡Estaba borracho! Eso es, teniente; borracho como una cuba. No vi nada.

Cox le clavó una mirada tan aguda como un cuchillo.

—¿Quién te ha hecho cerrar la boca, Sperling?

—Nadie... sólo que estuve pensando. No pude ver algo que no existe. Eso es lo que dijo Lennox. Ella está muerta, ¿no? Pues no existe, de modo que sólo creí verla.

—¡Claro que está muerta! Comprobamos incluso sus huellas dactilares para estar seguros. Pero tú tienes algo en la cabeza, amigo, y yo quiero saber qué es.

—Le aseguro que no.

—¿Qué tal si te cierro el bar? Puedo conseguir una orden de clausura con sólo proponérmelo.

Sperling volvía a temblar como un flan.

—Escuche, teniente, usted puede arruinarme si quiere, pero eso no cambiará nada. Yo no vi a Laurel... sólo estaba borracho, nada más.

Jack Cox terminó la bebida y dejó el vaso cuidadosamente sobre

la barra. Estaba más ceñudo que nunca.

—Estás asustado —decidió—. Asustado como una rata que eres.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Tú sabrás. Y ahora suelta, la historia de las apariciones o te llevo conmigo a la Central para un interrogatorio en regla. Decide.

Desesperado, Sperling susurró:

—¡Usted quiere que me corten el cuello!

—¿Quiénes?

—No lo sé. ¡Condenación! No sé lo que me digo.

—La historia, Sperling. De la A a la Z.

De modo que el ex boxeador habló de lo que creía haber visto. Lo hizo de mal talante, a regañadientes, pero explicó hasta los menores detalles.

Cuando terminó, el policía tenía una mirada perpleja y parecía mucho más preocupado que al entrar.

—Tú conocías bien a Laurel...

—Bueno... solía venir a menudo.

—¿Sabes si tenía una hermana gemela?

—Nunca dijo nada semejante.

—Está bien, olvídale. Ahora cuéntame algo de quiénes te han asustado.

—¡No he dicho de que me hayan amenazado!

Cox sonrió sin humor.

—Como quieras. Guárdate lo que sabes y cuando te corten el cuello me ocuparé de que te hagan un buen entierro, para premiar tu estupidez. Volveremos a vernos, Sperling.

Salió con la misma sombría expresión que a su llegada.

Alelado, Sperling estuvo mirando la puerta un buen rato. Después, gruñendo iracundo, tomó una botella y empezó a beber como si tuviera prisa por terminarla.

* * *

El llameante letrero de la fachada parpadeó un par de veces y acabó apagándose.

Un empleado cerró las puertas y todo fue quietud y silencio, un silencio tan denso como la niebla.

El personal del establecimiento fue saliendo poco después por la

puerta lateral. En el interior, revisando las últimas cuentas junto a la caja, sólo quedó el propietario, un judío escurridizo llamado Simón Dachs.

Era un individuo de pequeña estatura, delgado y astuto, que había amasado una buena fortuna gracias a su astucia precisamente. A su astucia y a su falta de escrúpulos. Para él no existía el dinero sucio.

Las cuentas eran satisfactorias, así que las dio por buenas y, muy contento, se encaminó a su despacho.

Se sorprendió al entrar, porque alguien había encendido una lámpara de pie que había en un rincón.

Rodeó la mesa, y entonces descubrió a la mujer sentada en una de las butacas, muy quieta.

—¡Maldita sea! ¿Quién es usted? —estalló—. ¿Por dónde ha entrado?

Ella se encogió de hombros.

—Eso no tiene importancia, Dachs.

La voz le recordó a alguien.

—¿Quién es usted?

La dama llevaba un gracioso sombrero del que pendía un ligero velo del mismo color que el vestido.

Todo lo que hizo fue levantarlo despacio con un grácil gesto de sus manos, blancas como la harina.

Dachs pudo ver el bellísimo rostro, aunque era una belleza que tenía algo de irreal a causa de su espeluznante blancura.

—Pronto te olvidaste de mí, Simón.

—¡No, no es posible...!

—Sí lo es. Estoy aquí, ahora.

El judío se tambaleó y hubo de apoyarse contra la mesa.

—¡Pero tú estás muerta!

—Claro.

Simón Dachs emitió una sucesión de sonidos sin ningún significado. Se ahogaba.

Al fin balbuceó:

—¿Qué... qué quieres?

—¿Es necesario que te lo diga? Quiero nombres. Los de quienes me buscaban. Eso para empezar.

—¡Imposible! Quiero decir que... que no sé...

—Lo siento por ti. Porque tú sabes, Dachs. Sabes dónde guardan el cargamento además.

—¡No!

—Es tu funeral, pequeño hijo de perra.

Empezó a levantarse.

El judío dio un respingo. Su mano se deslizó hacia el cajón central de la mesa.

Ella caminó hacia la puerta al tiempo que él abría el cajón y sus dedos se cerraban en torno a la culata de una pistola automática de gran calibre.

—¡Maldita seas! —rugió—. ¡No sé qué eres ni si estás muerta o no, pero ahora sí lo estarás!

Apretó el gatillo rabiosamente.

Ella estaba mirándole, tranquila y serena.

La pistola hizo un ruido ridículo. Ninguna bala salió de ella.

La mujer murmuró:

—Tú estás prácticamente muerto, Dachs.

Y salió, tan suavemente como si se desvaneciera en el aire.

Simón se dejó caer en la butaca porque sus piernas no le sostenían.

La pistola se deslizó de sus dedos y él acabó cubriéndose la cara con las manos, desbordado por el terror y el desconcierto más absolutos.

Minutos después, tambaleándose, fue a comprobar las salidas del local. Todas estaban cerradas con llave.

Buscó por todo el establecimiento, obstinado, pero no halló el menor rastro de la misteriosa aparición.

Acabó buscando consuelo en una botella, reprochándose en su interior este signo de debilidad, dado que él detestaba a los borrachos a pesar de su negocio.

Cuando regresó a su despacho se quedó mirando la pistola que continuaba sobre la mesa, donde él la dejara caer. Furioso, la tomó y extrajo el cargador. Estaba repleto de cartuchos. Deslizó el cierre y el cartucho de la recámara saltó al aire.

Era imposible que el arma hubiera fallado. Volvió a cargarla, apuntó a un rincón del despacho y disparó.

El estampido retumbó como un trueno entre las paredes. La bala hizo saltar el estuco de la pared dejando un profundo agujero en

ella.

El arma escapó de sus dedos sin fuerza. Confusamente se dijo que estaba volviéndose loco... o que el fantasma tenía tanto poder que era capaz de inutilizar un arma en perfecto funcionamiento.

Ni siquiera atinó a apagar la luz. Saltó fuera del despacho y abandonó el silencioso local como si le persiguieran todos los diablos del infierno.

Apenas había retumbado el portazo en la salida de servicio, cuando en el rincón más oscuro del despacho, allí donde estaba el diván que en ocasiones le había servido de cama al dueño, se alzó poco a poco la silueta de un hombre.

Ken Lennox miró en torno con una mueca sardónica en la cara. No tocó la pistola, sino que apagó la luz y él también abandonó el establecimiento.

Más allá del callejón lateral, estacionado en una esquina, le esperaba su coche.

Su coche y una mujer.

Ken se deslizó a su lado y ella susurró:

—¿Salió bien, Ken?

—Perfecto. Volví a cargar la pistola y cuando regresó se volvió loco intensamente intentando comprender cómo le había fallado. Incluso disparó contra la pared. Debieras haberlo visto.

La mujer se echó a reír mientras él ponía el motor en marcha.

Cuando estuvieron en movimiento, Ken le espetó:

—¿Tú crees que ese judío se volverá tan loco que te dirá lo que nos interesa?

—Estoy segura. Le vi cómo se descomponía con sólo imaginar que yo era realmente una fantasía.

—Lo malo será si tropiezas con alguien que no cree en aparecidos.

—Como Ben Russo, por ejemplo.

—A él vas a llamarle por teléfono.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

La muchacha rechinó los dientes.

—Preferiría pegarle dos tiros.

—Tal vez tengas ocasión de hacerlo —rió Ken—. Después de tu conversación con el gran bastardo, quizá sería hora de inquietar un

poco al teniente Cox, sólo para que acelere las cosas.

—Aún no comprendo cómo no descubrieron que aquella pobre mujer no era yo.

—Eso también habría que averiguarlo a su debido tiempo, porque según el teniente le tomaron las huellas dactilares y eran las tuyas.

—No lo entiendo.

—Mira, ahí hay una farmacia.

Estacionó el coche y ambos entraron en el establecimiento. Vieron la cabina al fondo y fueron a encerrarse en ella.

Pegados materialmente el uno al otro, Ken no pudo por menos que aspirar el cálido aroma que se desprendía de la hermosa muchacha. Su proximidad le alteró violentamente, como muy pocas veces le sucediera con una mujer.

—¿Qué debo decirle a ese escorpión, Ken?

—Nada concreto. Todo lo que quiero es que sepa que algo se está cociendo en sus propias narices sin que él pueda controlarlo. Pero no te olvides de mencionar algo personal y concreto en la conversación, algo que sólo tú pudieras saber. ¿Entiendes?

—Perfectamente. Ya puedes apostar que saltará hasta el techo cuando me oiga.

Se removió para descolgar el auricular. Su cuerpo presionó a Ken de tal modo que éste creyó que iba a incrustárselo en su propia carne.

Ella introdujo algunas monedas en el aparato y disco un número.

Mientras esperaba, ladeó la cara para sonreírle a su compañero.

Ken inclinó la cabeza y la besó en la boca con todo el deseo que le inundaba. Notó cómo ella se abandonaba a la llameante caricia, y sólo la voz de Ben Russo a través del auricular hizo que los dos volvieran a la realidad, jadeando.

Con voz susurrante, Laurel dijo:

—¿Te acuerdas de mí, querido?

CAPÍTULO VI

Ben Russo miró un instante el auricular como si temiera que el aparato estuviera gastándole una broma.

—¿Quién diablos...?

La voz le llegó de nuevo, suave, arrulladora.

—No puedo creer que me hayas olvidado después del interés que tenías por encontrarme...

Desconcertado, miró a los dos hombres que esperaban, sentados al otro lado de la mesa.

Luego, con un extraño repeluzno en la piel, gruñó:

—Supongo que es una broma estúpida.

—Nunca en mi vida hablé tan en serio, Ben. Soy Laurel.

—¿Qué? Oiga, sea quien sea, haré que esta burla le cueste muy cara.

—¿Tan cara como a Wilbur?

A Russo se le antojó que el suelo oscilaba bajo sus pies.

—¿Cómo sabe...? —balbuceó.

—Querido bastardo, sólo tú y yo sabemos cómo murió el pobre Wilbur. ¿No es cierto? En realidad, no pude hacer otra cosa que presenciarlo porque de lo contrario me habrías matado a mí. ¿Crees ahora que soy Laurel?

—Pero...

—He vuelto para ajustar cuentas, hijo de una hiena. Hiciste que tus esbirros me mataran y eso vas a pagarlo muy caro.

—¡No es posible! Estás...

—¿Muerta?

—Eso.

—Tus pistoleros se aseguraron. Hicieron un buen trabajo.

La cabeza del forajido daba vueltas. Miró desesperado a sus dos

acompañantes, como esperando una revelación, una ayuda que solucionara aquel insólito misterio.

Murmuró al teléfono:

—Laurel...

—Adiós, Ben. Sólo piensa que ya te queda poco.

—¡Espera!

—¿Para qué? Haré que tus propios pistoleros acaben contigo.

Piensa en eso mientras puedas.

Hubo un chasquido y la comunicación se cortó.

Pálido como un sudario, Russo dejó el auricular en el soporte. Tenía los ojos desorbitados.

—Bueno, ¿qué demonios te pasa? —le increpó uno de sus socios.

—Algo está sucediendo, Ronald.

—Has pronunciado el nombre de Laurel —le espetó el otro—. ¿Estás perdiendo la cabeza o qué?

—Mira, George, quizá yo esté loco, pero ella acaba de hablarme por ese teléfono y sé positivamente que está muerta.

Los dos dieron un salto. De pie, se inclinaron sobre la mesa echando chispas.

—¡Ben, maldita sea! ¿Qué clase de broma es ésta? O sólo tratas de reírte de nosotros...

—Ojalá fuera tan sencillo. Laurel acaba de hablarme por teléfono.

—Quizá sea una trampa de los polizontes el cuento de su muerte. ¿Has pensado en eso?

—Emerson dijo que le habían cortado el cuello. Eso no es ninguna broma. Y el escándalo de los periódicos tampoco. No se habrían atrevido a armar tanto alboroto si no estuvieran seguros.

—Entonces, es una impostora.

—George, ella ha mencionado algo que sólo Laurel y yo podíamos saber. ¿Comprendes? Nadie más en todo el mundo podía tener ni la sombra de una idea sobre el asunto. Sólo ella.

—Llama a Emerson y acláralo de una vez. No podemos correr riesgos en estos momentos.

—Haré que vengan Emerson y Well. Pero haré algo más. Algo por lo que pago buen dinero todos los meses.

Descolgó el teléfono y discó un número con dedos poco seguros. Esperó un momento y al fin gruñó:

—Quiero hablar con el detective Lonegan.

Escuchó un instante y colgó refunfuñando:

—No está de servicio.

Buscó en una agenda esta vez, y discó otro número. En esta ocasión replicaron al instante.

—¿Lonegan?... Muy bien, ya sabe quién soy. Venga a verme ahora mismo... ¡He dicho ahora, en la oficina de la compañía de transportes!

Colgó sin esperar respuesta. Encendió un cigarrillo con gestos nerviosos y dijo:

—Ese polizonte nos aclarará sin la menor duda lo que hay de cierto en la muerte de Laurel. Pero entretanto...

Descolgó otra vez el teléfono y dio órdenes para que John Well y Emerson se presentasen en la oficina inmediatamente.

Ya sólo les quedaba esperar.

* * *

El teniente Cox escuchó el sorprendente informe a través del auricular. De no proceder de un confidente de absoluta confianza habría pensado que estaban burlándose de él.

—¿Estás seguro? —barbotó.

La voz dijo:

—Absolutamente. Yo mismo escuché su historia, y Sterling la oyó también. Se puso verde.

—Está bien, sigue con los ojos abiertos.

Colgó dándose a todos los diablos.

Se encasquetó el sombrero y salió del despacho como si le persiguieran.

Condujo el coche entre la niebla. Sabía dónde vivía el escurridizo Simón Dachs. La policía se había interesado muchas veces por sus negocios, pero sin el menor resultado.

Paró justo delante de la entrada del *cabaret* perteneciente al judío, atravesó la calle y pegó el dedo en el pulsador de un timbre del edificio de apartamentos.

Una eternidad más tarde, una voz estropajosa barbotó algo por el intercomunicador y el mecanismo automático le franqueó la entrada.

Subió por las escaleras hasta la segunda planta.

Simón Dachs esperaba con la puerta abierta. Se balanceaba sobre las piernas y había una mirada opaca en sus ojillos de rata.

Llevaba un vistoso pijama de seda arrugado. Cox le empujó para colarse en el apartamento y cuando hubo cerrado la puerta le espetó:

—¿Qué diablos te pasa? Nunca supe que fueras un borracho.

—Sólo bebí un poco. ¿Qué quiere, polizonte? Estoy limpio, nadie tiene nada contra mí...

—¿Ni siquiera el fantasma de una mujer asesinada?

El judío retrocedió como si le hubieran golpeado.

Se fue dando traspies hasta encontrar una butaca en la que se hundió. Alargó la mano y con un quejido atrapó una botella mediada de *whisky*.

Cox se la quitó de un zarpazo. Estaba cada vez más furioso y ni siquiera trataba de disimularlo.

Arrojó la botella contra la pared, donde se hizo añicos y el *whisky* arruinó el costoso papel pintado de importación con que estaba decorada.

—Al grano, Dachs. Cuéntame por qué Laurel tiene interés en acosarte.

—¡Le juro que...!

—Dachs, no me apures porque te haré pedazos.

Hubo un largo silencio. Después, con voz que apenas si lo era, el judío balbuceó:

—No sé si era ella... todo fue repentino, había poca luz en mi despacho...

—Empieza por el principio y no te detengas hasta el final si sabes lo que te conviene.

De modo que Simón Dachs habló largo y tendido. Estaba tan desbordado que no ocultó siquiera su intento de disparar contra la aparición.

Estupefacto, Cox sacudió la cabeza. No le habría sorprendido oír que sonaban campanillas dentro de ella.

—De modo, renacuajo, que la pistola te falló cuando disparaste contra ella, pero en cambio abrió un agujero en la pared después, cuando la probaste.

—Ya sé que suena absurdo, pero fue así. Le juro que contra ella

no disparó.

—¿Era una automática?

—Sí.

—¿Y había una bala en la recámara la primera vez?

—Seguro. Lo comprobé.

—Increíble... Vayamos a otra cosa. ¿Qué te dijo la aparición, o lo que infiernos fuera?

Ahora el judío se puso a la defensiva.

—Apenas entendí nada. Me amenazó. Dijo que yo habría podido ayudarla y cosas así, pero maldito si sé cómo.

—¿Eso fue todo?

—Poco más o menos.

—Así que te amenazó...

—No sé qué puede tener contra mí.

—Dachs, si yo estuviera en tu lugar empezaría a preocuparme de veras, porque tú siempre has hecho muy buenas migas con Russo. Y él ordenó asesinar a Laurel.

—¡Yo no sé nada de eso!

—Allá tú.

El teniente se dirigió a la puerta, la abrió y desapareció. No deseaba que el judío descubriera su desconcierto.

Sólo que el desconcierto aumentó mucho más cuando al llegar a la Central de servicio le anunció:

—Hubo una llamada para usted, teniente.

—¿De quién?

—Algún bromista. Dijo que era Laurel Cope.

El teniente pegó tal brinco que el sargento le miró boquiabierto.

—¿Eso dijo? —barbotó—. ¿Y era una voz de mujer?

—¡Claro que era una mujer! Pero usted sabe muy bien que Laurel Cope está muerta, así que se trataba de una broma.

—¿Qué más dijo?

—Que le llamaría otra vez, o que quizá iría a verle, aunque no dijo dónde. Colgó sin darme tiempo a hacer preguntas.

Cox atravesó la sala de detectives andando como un sonámbulo.

Uno de los detectives le espetó:

—¿Le ocurre algo, teniente? Tiene mala cara.

—No me pasa nada, sólo me pregunto cómo se me aparecerá.

Cerró la puerta de su despacho dejando al estupefacto policía

con la boca abierta.

CAPÍTULO VII

Lonegan sacudió la cabeza con evidente disgusto.

—No me gusta eso, Russo. Quedamos que nuestros contactos serían siempre confidenciales.

Señaló a los dos silenciosos espectadores.

Russo se encogió de hombros.

—Son mis socios, así que parte del dinero que cobra usted todos los meses sale también de sus bolsillos. ¿Qué sabe de la muerte de Laurel Cope?

—Lo que todo el mundo. Yo estaba de servicio la noche que la sacaron de la bahía.

—¿Seguro que era ella?

—Se tomaron las huellas dactilares del cadáver y las cotejaron con las de la ficha de la Cope. Eran las mismas.

Desconcertado, Russo cambió una mirada con sus socios.

—Quisiera estar seguro de que no se trata de un truco de sus jefes, Lonegan.

—Olvídelo. Estoy dispuesto a jurar ante todos los tribunales del país que era el cadáver de Laurel Cope. Las huellas digitales nunca fallan para una identificación y usted lo sabe.

—De acuerdo, de acuerdo, Lonegan, sólo quería asegurarme de que no había trampa en ninguna parte. Siga manteniendo los ojos bien abiertos.

El policía asintió y sin más trámites salió del despacho.

Russo esperó un par de minutos y luego pulsó un botón.

—Que entre Emerson.

El asesino entró poco después. Russo le espetó sin rodeos:

—¿Dónde está Well?

—No lo sé. Dijo que tenía un asunto con una rubia, pero no

tengo ni idea de dónde se ha metido.

—Bueno, no importa. Dime cómo acabasteis con Laurel.

—¿No se lo contó Wells?

—¡Quiero que me lo cuentes tú!

—Está bien. Nosotros vigilábamos su antiguo apartamento. No la vimos entrar por la puerta principal, pero de pronto se encendieron las luces de su cuarto. Debíó subir por la escalera de servicio. Subimos al cabo de unos minutos y vimos que estaba muy ocupada preparando una maleta. Entonces yo provoqué un apagón de las luces. La golpeamos hasta que cayó y luego la sacamos por la escalera de incendios.

—Sigue.

—Bueno..., la llevamos al muelle. No recobró el sentido en todo el tiempo, pero nos aseguramos de que no lo recobrara nunca más. Well le cortó el cuello.

—¿Seguro que murió?

—¡Ya lo creo! Hube de apartarme de un salto para no ponerme perdido de sangre. Después de eso la tiramos al agua.

—Está bien, eso es todo, Emerson.

De nuevo solos, los tres socios cambiaron una mirada desconcertada.

Luego, sin convicción, Ronald gruñó:

—No puede ser más que una suplantación... aunque no comprendo con qué objeto. Pero ahora lo más importante es lo otro, Ben. ¿Cuándo crees que estaremos en condiciones de iniciar la distribución?

—Hay que esperar un poco más. Todo lo que está pasando me preocupa.

—Y a nosotros, no vayas a creer. Pero no podemos esperar mucho más tiempo. Hemos invertido todo cuanto teníamos para financiar este negocio y estamos sin un céntimo. Es preciso moverlo cuanto antes.

Impaciente, Russo les despidió. Le habría gustado mandarlos al infierno, porque él también estaba en pésima situación económica mientras no lanzara al mercado el mayor cargamento de heroína pura que había manejado en todos los días de su vida.

Pero aún les necesitaba. Cuando llegara el momento...

Entretanto, lo que le preocupaba era la voz del teléfono, la voz

de Laurel. O de quien quiera que fuese. Y lo que había dicho sobre sus propios hombres.

Se estremeció. Con voz ronca gruñó para sí:

—¿Quiénes de entre ellos?

Sólo que eso no tenía medio de saberlo.

De todos modos algo debía hacer para proteger su propia cabeza.

* * *

Al filo del amanecer, Cox se disponía a abandonar su despacho cuando se abrió la puerta y Ken asomó su cara llena de sueño.

—¿Es que tú tampoco te acuestas nunca? —barbotó.

—Como tú, poco más o menos.

—Bueno, si sólo has venido a darme las buenas noches, hola y adiós. Yo sí voy a acostarme.

Ken le cerró el paso.

—Espera un minuto. Jack. Háblame del pasado de Laurel.

—¿A estas horas? Tú estás para que te aten.

—Quiero escribir una serie de artículos sobre el pasado de esa muchacha. Tú me dijiste que lo conocías perfectamente y que constaba en el historial que tienes en los archivos. Bueno, es eso lo que quiero.

—¿Pretendes reivindicar su memoria?

—Si hay materia para hacerlo, sí.

Cox se echó el sombrero hacia la nuca, perplejo.

—¿Es algo que te ha dado de repente o qué? La historia es una de tantas. Infancia miserable, padres alcohólicos, divorcio, orfelinato y todo eso. No tuvo ni una oportunidad de elegir otro camino, se lo dieron marcado a fuego desde su infancia.

—Ya veo. Voy a necesitar los detalles de todo eso.

—Pídelos en los archivos por la mañana. Daré instrucciones para que te dejen meter la nariz donde no debes. Pero ahora voy a acostarme así tenga que arrojarte por la ventana.

—Está bien, polizante, no la tomes conmigo.

Se apartó a un lado. Cox le observó intrigado.

—Me gustaría saber la razón por la cual se te ha despertado ese súbito interés por la dama, muchacho.

Ken se encogió de hombros. Dijo con voz tranquila:

—Creo que estoy enamorándome de Laurel.

Cox no se cayó de espaldas de milagro.

—¿Has perdido la chaveta? Nadie se enamora de una mujer más muerta que mi tatarabuelo.

—Yo tampoco lo entiendo.

—Ni tú ni nadie con la cabeza sobre los hombros. ¡Maldita sea! Desde que la asesinaron esta mujer está causando más problemas que estando viva.

Ken le siguió a través de la casi desierta sala de detectives y ambos salieron a la calle. Allí el reportero propuso:

—¿Vamos a beber el último trago de la noche? Sé de un lugar que...

—No, gracias. Todo lo que quiero es meterme en la cama. Te veré mañana. Bueno, hoy.

Se separaron.

Cox vivía en un pequeño apartamento construido encima de una casa reformada, perteneciente a la viuda de un policía muerto años atrás en acto de servicio.

Había amanecido sobradamente cuando abrió la puerta con cautela para no despertar a la buena mujer.

No obstante, ella apareció antes que pudiera subir las escaleras.

—Llevas unos días muy ajetreados, Jack —le espetó.

Era una mujer de edad mediana, regordeta, afable y bondadosa, que había hecho cuestión de honor cuidar a ese policía solterón recalcitrante.

—Lamento haberla despertado.

—Hace rato que estoy levantada. Duermo muy poco de un tiempo a esta parte. Además, tengo un extraño recado para ti.

Cox se puso en guardia.

—¿Qué recado?

—Vino una mujer anoche preguntando por ti.

—¿Y...?

—Dijo que era importante lo que tenía que decirte porque el tiempo se estaba agotando.

—No comprendo... ¿Eso fue todo lo que dijo?

—Eso, y la despedida. Se marchó casi corriendo.

Él tuvo una súbita inspiración.

—Por favor, aguarde un momento...

Subió el tramo de escaleras a saltos. Cuando regresó traía una fotografía de Laurel Cope.

—Mírela. ¿Se parecía a ésta la mujer que vino preguntando por mí?

Ella sólo le dedicó un vistazo.

—¿Parecerse? Era la misma, Jack.

Cox sintió que las piernas le temblaban.

—¿Está segura?

—Nunca en mi vida he estado más segura de nada. Era la misma muchacha, aunque no parecía tan bella. Quizá era debido a que no tenía color.

Él dio un respingo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Era tan blanca que daba grima. Pensé que quizá acababa de salir de la cárcel y hacía tiempo que no tomaba el sol.

—No creo que...

—Era muy blanca —insistió la mujer—. ¿Cómo te diría? Sí, eso es..., era como si no hubiera una gota de sangre en su cuerpo.

Esta vez Cox apenas encontró voz con que replicar. Balbuceó una frase de agradecimiento y se lanzó escaleras arriba.

Se metió entre las sábanas consciente de que, a pesar del sueño y del cansancio, no podría pegar ojo. Estaba demasiado exaltado e inquieto al verse inmerso en una pesadilla sin sentido de la que no sabía ni remotamente cómo librarse.

A menos, claro está, que pudiera atrapar al blanco fantasma de la mujer muerta.

CAPÍTULO VIII

Ken entró en su apartamento pisando como un gato. El alba se llevaba las sombras de la noche cuando cerró la ventana abierta y tendió el oído.

Todo era silencio. Al fin, sólo para estar tranquilo, atisbó por la puerta del dormitorio.

Laurel dormía confiadamente, con toda la cama para ella sola. Su llameante cabellera pelirroja se derramaba por la almohada como una aureola de fuego que abrigara sus sueños.

Retrocedió, fue en busca de una manta y se tendió en el diván después de quitarse los zapatos.

Luchó con el sueño, porque su mente era un caos y mil extraños presagios le inquietaban.

Al fin consiguió barrerlos. Comenzaba a flotar en aquella dulce dimensión que precede a la inconsciencia, cuando la voz le llegó, suave y tierna:

—¿Ken?

Parpadeó. No estaba seguro de haberla oído.

—¿Ken, estás ahí?

—Sí. Acabo de llegar —dijo.

—Me pareció oírte. O estaría soñando...

—Probablemente. Me preocupé de no hacer ruido.

—Ven aquí, ¿quieres?

Él se enderezó.

—¿No tienes sueño?

—Ven.

Se fue descalzo hacia el dormitorio. La turbia claridad del amanecer penetraba por la ventana atravesando las cortinas.

Era suficiente para ver a la muchacha tendida allí, como un

sueño o una ofrenda.

Durante unos instantes se limitó a mirarla en silencio. El cuerpo increíblemente bello se recortaba debajo de la sábana, como una escultura moldeada por los dioses del deseo.

Al fin, inclinándose sobre ella, la besó suavemente en la boca. Laurel susurró:

—Quiero hacer el amor, Ken.

—Estás loca.

—Ya lo sé.

Se tendió a su lado y ella se arrebujo contra él. Una ola de ternura le invadió.

—He despertado un millón de veces esta noche —confesó la muchacha—. Siempre creía que tú ya habrías llegado y te llamaba. Quería amarte, y que me amaras, que hicieras sentirme mujer de nuevo, hicieras que volviera a estar viva.

—¿Y todo eso por qué?, ¿sólo porque lucho a tu lado contra ese hijo de perra?

—No sólo por eso.

—¿Entonces...?

—¿No quieres hacer el amor conmigo?

—¡Claro que quiero! Lo he deseado desde que te conocí.

—Si es así, ámame. Ahora, Ken.

—Alguien debe haberse vuelto loco.

Se fundieron en el torbellino del beso, antes de hundirse en el mar del deseo que les llevaba fuera de su mundo, de este mundo, porque en aquella dimensión nueva hecha de placer y de suspiros, de quejidos de amor y de palabras nunca pronunciadas todo era distinto.

Tan distinto como si fuera la primera vez que ambos se entregaban al más viejo juego del ser humano.

Así hasta el agotamiento.

* * *

Acostumbrado al despertar habitual, solitario y monótono, le sorprendió agradablemente el aroma del café recién hecho que flotaba en el aire.

Laurel asomó por la puerta. Sonrió y mostrándole un tazón

humeante dijo:

—Espero que te guste. ¿Tuviste hermosos sueños?

—Tú fuiste el sueño más hermoso de todos. Ven aquí.

Ella le ofreció los labios y después el café.

Luego susurró:

—Tal vez no me creas, pero he sido feliz por primera vez en muchos años. Eres un amante maravilloso.

Ken la contempló azorado.

—¿Quieres burlarte de mí?

—No. Pero lo eres. Y ahora acaba el café. Es más de mediodía.

Acabó el café y se vistió apresuradamente. Ella volvió cuando estaba abrochándose la camisa, resplandeciente.

—Voy a llamar al teniente Cox —anunció.

Ken frunció el ceño.

—¿Estás decidida a seguir adelante con tu descabellada idea?

—No es descabellada. Te apuesto lo que quieras a que Ben Russo está sufriendo más sobresaltos que en toda su sucia vida. Empieza a pensar que hasta su propia sombra es una amenaza, y acabará viendo fantasmas hasta debajo de su cama.

—No creo que ese bastardo les tema a los fantasmas...

—Llama a Cox, ¿quieres? Yo hablaré con él.

—De acuerdo. Pero aún debe estar en su casa esta mañana. Lo que me preocupa es lo que vas a decirle.

—Sé lo que hago, Ken, créeme. Russo va a perder otro de sus valiosos peones.

A regañadientes, Ken disco un número de teléfono y le pasó el auricular a la muchacha.

Al fin, ésta susurró:

—¿Teniente Cox? Soy Laurel.

Se oyó una especie de agudo ladrido a través del auricular. Luego, el policía gritó:

—¿Pretende tomarme el pelo a mí también, sea quien sea? ¡Yo sé que usted está muerta! —Su voz se ahogó un instante, para chillar después—: ¡Maldita sea mi estampa! Quiero decir que Laurel Cope está muerta. ¿Quién demonios es usted?

—Laurel Cope, teniente. Créame, aunque eso importa poco. Quiero decirle algo muy importante.

—¿Importante para quién?

—Para usted. Tiene un traidor entre sus hombres, alguien que está a sueldo de Russo. Su nombre es Lonegan.

Durante unos segundos Cox fue incapaz de hablar. A juzgar por los sonidos que le llegaban por el teléfono, la muchacha pensó que el policía estaba ahogándose o algo así.

—No lo creo —gruñó Cox al fin.

—Lonegan cobra más de mil dólares todos los meses. ¿Por qué cree usted que nunca han podido sorprender a Russo en sus incursiones sorpresa? Porque no eran una sorpresa para él. Lonegan le mantiene siempre bien informado.

—Escuche...

—Investigue sus cuentas bancarias, sus gastos. Se convencerá.

—Tal vez lo haga, pero si eso es cierto. ¿Por qué no lo denunció antes?

—Antes confiaba en vivir. No podía traicionar a Ben Russo sin arriesgar el cuello. Ahora ya no tengo nada que perder. Adiós, teniente.

—¡Espere! Dígame quién es usted por lo menos.

—Laurel Cope.

Colgó el teléfono y le sonrió a Ken, que la observaba con el ceño fruncido.

—¿Qué te ha parecido?

—Cox habrá saltado hasta el techo. Pero espero que lo de ese Lonegan sea cierto, nena, porque sería trágico que arruinases la vida de ese tipo.

—Tranquilízate. Ese pillo está a sueldo de Russo desde hace mucho tiempo.

—Está bien...

La atrapó entre sus brazos y la besó.

Estaban abrazados aún cuando el teléfono rompió el encanto del momento.

Ken atrapó el auricular.

—¿Qué pasa? —Gruñó.

—¡Maldita sea tu fea cara! ¿Estabas durmiendo todavía o qué diablos?

El vozarrón de su jefe tuvo la virtud de borrar todo lo demás de su horizonte inmediato.

—Bueno, ¿a qué tantos gritos? No creo que haya fuego en

ninguna parte.

—¡Eso es justamente lo que hay, fuego! —bramó la voz haciendo vibrar el auricular—. ¡Fuego provocado por una bomba!

—¿Dónde?

—Eso va a romperle el corazón porque solía emborracharse allí un día sí y otro también. Se trata de The Tavern.

Ken dio un brinco.

—¡Estaré allí en un minuto!

Fue algo más de un minuto, pero para el caso igual habría sido una hora.

Del establecimiento propiedad del ex boxeador no quedaba nada. Parte de la fachada se había hundido por efecto de la explosión. Las puertas estaban tiradas en la acera hechas astillas y en el interior los bomberos peleaban con las últimas llamas.

Ken mostró su identificación a uno de los jefes de bomberos.

—¿Han habido víctimas? —preguntó.

—Seguro. Hemos sacado ya tres cadáveres, y creo que quedan algunos más entre los escombros.

El hombre se alejó presuroso.

Ken se apartó de la multitud, viendo a los guardias que luchaban por mantener el orden.

Luego, un coche frenó en la esquina y Jack Cox saltó a la acera. El reportero se asombró de la crispación del policía.

—No te has dado mucha prisa, ¿eh, Jack?

—¡Cállate!

—¿Qué diablos te pasa? No se ha perdido ninguna gloria ciudadana.

Cox se apartó de él para recabar información sobre lo sucedido. Pronto se convenció de que allí no tenía nada que hacer.

Encendió un cigarrillo. Ken le espetó:

—Bueno, suéltalo. ¿Qué te ha puesto tan furioso? Estas cosas ocurren.

—Sperling me buscaba. Intentó comunicarse conmigo, pero no pudieron localizarme a tiempo. Yo... había ido a algunos bancos para efectuar unas comprobaciones. Acababa de salir de casa cuando me llamaron. Sperling había decidido hablar, sólo que no le dieron tiempo.

—De modo que se había ablandado, ¿eh? La visita de Laurel le

desmoralizó.

Cox le observó echando chispas.

—De modo —barbotó—, que tú también crees que esa mujer le visitó.

—Me limito a repetir lo que él contaba.

—No me vengas con historias. A mí trató de verme anoche.

—¿Laurel?

—Sí.

—Cuéntame.

—Estuvo en mi propia casa. ¿Te das cuenta? Poquísima gente, fuera de mi círculo profesional, sabe dónde vivo. Bueno, hice algunas averiguaciones, ¿sabes? Podía tratarse de una hermana gemela Sólo que no existe ninguna hermana. Laurel fue hija única y eso es seguro.

—¿Entonces, qué?

—Maldito si lo sé.

Volvió a su trabajo cuando llegaron más expertos de la policía, de modo que Ken aprovechó para buscar un teléfono y dictar una crónica de urgencia, cargando las tintas contra el hampa organizada y sus métodos de terror.

Al regresar al escenario del crimen, Cox había desaparecido y los reporteros de la competencia pululaban como moscas, así que él también se alejó del dantesco espectáculo.

No pensaba solamente en acabar con el elegante pistolero. Eso podían conseguirlo con la ayuda de Laurel.

Había algo más que era preciso descubrir primero.

Algo que valía alrededor de cien millones de dólares.

CAPÍTULO IX

Simón Dachs le miraba echando chispas, pero se necesitaba algo mucho más contundente para azorar a un tipo como Ken Lennox.

Éste dijo:

—No quiero que me repita su historia, Dachs. La he oído tantas veces que podría recitarla de memoria. Pero debió pasar usted un rato infernal discutiendo con una mujer que lleva varios días muerta.

—¡Ya basta! ¿Qué es lo que quiere?

—Tómelo con calma. A propósito, no comprendo cómo pudo hacer una cosa así.

—¿Cómo pude hacer qué?

—No me refería a usted, sino a ella. ¿Cómo pudo conseguir que su pistola fallara?

—¡Váyase al infierno, Lennox! No quiero hablar de eso.

—Bueno, sólo sentía curiosidad, pero en realidad he venido a hacerle un favor, de modo que no me grite.

La ira casi dejó mudo al escurridizo judío.

—¿Usted hacerme un favor a mí? —barbotó—. No lo creería ni que lo jurase.

—Usted conocía a Sperling, supongo.

—¿Y qué con eso?

—Podrá asistir a su entierro, Dachs. Pusieron una bomba en su local y ardió como una tea... con él y varios clientes dentro.

Esta vez Dachs no replicó. Notaba un frío de muerte en todo su cuerpo.

Socarronamente, Mike añadió:

—Él también había recibido una advertencia de esa aparición, Dachs, y también lo contó a todo el que quiso escucharle, sólo que

Ben Russo no admite charlatanes en su negocio.

—¿Russo?

—No hay otro. Eran hombres de Russo los que fueron a The Tavern buscando a Laurel. Como supongo que también vinieron a su propio local con el mismo propósito, Dachs. ¿Les orientó usted en aquella ocasión?

—Usted..., usted está loco, Lennox. Ni siquiera sabe de qué está hablando.

—¡Ya lo creo que lo sé! Si yo estuviera en su lugar empezaría a preocuparme, ¿sabe? La próxima bomba puede estallarle bajo las posaderas.

El judío dio un respingo.

—¿Por qué yo?

—Usted sabrá. Claro que cabría otra posibilidad, porque usted sabe lo que persigue Laurel, lo que quiere saber. Póngase bajo la protección de mi periódico y estará a salvo a cambio de sus conocimientos sobre los entresijos de Russo.

—Lo que dije antes, está usted loco de atar. No es tan fácil como parece creer.

—Lo es.

—Usted no comprende nada de nada. Y ahora, por favor, déjeme en paz. Tengo mucho trabajo.

—Es un suicidio, Dachs.

—Adiós, Lennox.

Ken se dirigió a la puerta disimulando su frustración.

Antes de salir aún le soltó:

—Compruebe que las primas de su seguro están al día... aunque eso maldito si deberá importarle, cuando esté convertido en pedacitos.

Salió del despacho cerrando con extremada suavidad.

Pero no se alejó de la puerta. Se quedó pegado a ella, muy quieto, con el oído pegado a la madera.

Durante un minuto no oyó nada. Luego, escuchó el ruido del teléfono, número tras número. El judío estaba llamando a alguien.

Siguió quieto, escuchando.

Al fin, la voz de Dachs:

—¿Hola? Quiero hablar con Ben... Simón Dachs.

Satisfecho de haber acertado, Ken esbozó una sonrisa en su lugar

de espionaje.

—¿Ben? —resonó la voz del judío—. Aquí, Dachs... acabo de saber lo ocurrido con Sperling... ¿No sabes nada...? Me sorprende mucho, porque se dice que fueron tus hombres los que colocaron la bomba... ¡No me grites, Ben...! Así es mejor... sólo quería advertirte que no sueñes con repetir la broma conmigo, yo no soy un estúpido alcohólico como Sperling, de modo que lo tengo todo dispuesto para que, en caso de sucederme un accidente de cualquier clase, todo el asunto te estalle en las narices. ¿Comprendes lo que quiero decir...?

Hubo un corto silencio. Lennox escuchaba incrédulo, porque jamás hubiera sospechado que el judío tuviera tanto ascendente sobre Russo como para hablarle en semejante tono.

Pero de nuevo le llegaba la voz:

—No necesitas explicarme nada, Ben... y menos en tu oficina. Recuerda eso solamente. Mi salud es tu seguro de vida. Ya nos veremos..., cuando pasemos cuentas.

Se oyó el golpe del auricular en su soporte, con lo que debió dejar a Russo con la palabra en la boca.

Ken se retiró cautelosamente hacia la escalera que conducía al establecimiento. Ahora tenía la absoluta certeza de que el judío podía ser la clave de todo el asunto, la llave que abriría la coraza de Russo si uno sabía cómo utilizarla.

Regresó apresuradamente a su apartamento. Necesitaba hablar con Laurel sobre lo que acababa de escuchar, para trazar planes con ella respecto al judío.

Sólo que la muchacha no estaba allí. Dio una vuelta por todo el apartamento por si ella había dejado una nota o algo así, pero no la encontró.

Inquieto, intentó adivinar dónde podía haber ido a semejantes horas. Se devanó los sesos en vano.

Decidió ir en busca del teniente. Ya era hora de hacer algo para que la policía apretara los tornillos donde debían ser apretados, pero hubo de reconocer que estaba cada vez más preocupado por la desaparición de Laurel. Pensó que la muchacha se había metido en su sangre como un veneno...

La niebla repitió su acostumbrada aparición procedente de la bahía, y a medida que pasaban las horas se volvía más densa y húmeda.

La persona que se mantenía inmóvil dentro del coche cerrado, aparcado en una esquina desde hacía horas, no parecía preocuparse poco ni mucho por la espesa niebla que la envolvía. Su atención estaba fija en las difuminadas luces del club, que parpadeaban abriéndose paso dificultosamente por entre el manto gris.

Todo lo demás no parecía importarle.

Horas más tarde comprendió que su paciencia estaba a punto de obtener premio. Lo comprendió cuando un largo y negro sedán apareció como un oscuro fantasma, silencioso y lento, que fue a estacionarse junto al callejón lateral del club.

Dos sombras se apearon del coche y desaparecieron dentro del callejón.

En su despacho, Simón Dachs levantó la cabeza sobresaltado al oír abrirse la puerta violentamente.

Se encontró mirando el largo cañón de una pistola que le apuntaba a la cara, y a los dos hombres que acababan de irrumpir en la oficina.

Se levantó poco a poco, pálido y asustado, pero también endiabladamente furioso.

Emerson le aconsejó:

—Tranquilo, hombrecito. No precipites las cosas.

—¿Qué crees que vais a conseguir con todo esto, Emer?

—De momento, evitar que organices un alboroto.

John Well dio un rodeo para no interponerse en la línea de tiro de su socio, llegó a la mesa y empujó a Dachs a un lado. Abrió los cajones uno a uno hasta ver la pistola.

No la tocó. Sólo volvió a cerrar el cajón.

—Tiene la pistola ahí —dijo.

—Asegúrate que no lleva otra encima.

Well registró al petrificado judío. No le encontró ni un mal cortaplumas y se echó a reír señalando la puerta.

—Echa a andar, mono. Vamos a dar una vuelta.

Dachs pasó trastabillando junto a Emerson, apartándose instintivamente de la pistola que le vigilaba.

Le escoltaron hasta la salida del callejón, y de allí hacia el coche.

Antes de llegar el judío chilló:

—¡Quiero hablar con Ben! Él debe escucharme, antes de que hagáis nada que lo eche todo a rodar.

—Claro, claro.

—¿Vamos a verle ahora?

—¡Cierra el pico! —Se impacientó Well.

De un empujón le metieron dentro del coche, tirándole sobre el asiento posterior. Cuando se enderezó, Well estaba a su lado hundiéndole el cañón de un revólver en las costillas, mientras Emerson tomaba el volante y ponía el coche en marcha.

Dachs se contuvo durante unos minutos tratando de serenarse. El gran coche se deslizaba en medio de la niebla como un barco surcando un mar profundo e impenetrable.

Al fin, el judío gruñó:

—¡Quiero ver a Russo ahora mismo, Well, tiene que escucharme!

—Te dije que cerraras la boca.

—¡No puede hacerme esto a mí! Si me ocurre algo él también se hundirá hasta el infierno.

Emerson barbotó:

—Si vuelve a chillar, sacúdele.

Well emitió una risita.

—Ya lo oíste, mono. Abre la boca otra vez y te la ganas.

El auto rodaba por los suburbios, desiertos, sombríos bajo el manto de niebla. Luego, cuando entraron en la ruta de la costa, la niebla aún se espesó más, lo que obligó a Emerson a redoblar las precauciones con el volante.

Dachs miraba por la ventanilla intentando captar detalles con que orientarse. Aún se resistía a creer que Ben Russo no quisiera hablar con él antes de matarle. Porque ese paseo no admitía dudas. Era el viaje definitivo...

Más allá de la ventanilla todo era una masa gris impenetrable. No veía nada, pero estaba claro que corrían paralelos al mar, seguramente en busca de un lugar adecuado para...

Dachs ahogó un quejido. Luego, pensó que su única esperanza era saltar del coche. Después de todo, no corrían demasiado a causa de la poca visibilidad.

Sólo que Well le vigilaba como un halcón.

El judío se retorció las manos presa de desesperación. No era fuerte y sabía que intentar sorprender a Well era una quimera fuera de su alcance. No obstante, estaba cada vez más desesperado.

El coche dobló a la derecha, reduciendo aún más la poca velocidad que llevaba. Dachs pensó que si había que hacer algo ése era el momento.

Con más rabia que acierto se tiró de cabeza contra Well, apartando su mano armada a manotazos. Well soltó un juramento y casi como un juego le sacudió un culatazo capaz de tumbar a alguien mucho más duro que el judío.

Dachs lo vio todo negro y se hundió en la inconsciencia. Ni siquiera notó los pies del pistolero cuando le patearon, tirado sobre la alfombra del coche.

Emersonladeó la cabeza.

—Así que el hombrecillo lo intentó, ¿eh?

—Ya tiene lo suyo.

Dachs comenzó a rebullir poco después. Gimoteó, incorporándose hasta quedar sentado a los pies de Well. Éste le dijo amablemente:

—Pudiste evitarlo Dachs. ¿Qué pensabas conseguir?

No le replicó. La cabeza le dolía como el demonio y sentía un gusto amargo en la boca.

Poco a poco volvió a izarse hasta el asiento y quedó acurrucado en el rincón, lejos de Well, que le observaba con una mueca burlona en la cara.

De pronto, el coche redujo la velocidad hasta casi detenerse. Emerson gruñó:

—Creo que el desvío está por aquí...

Encontró lo que buscaba y el coche comenzó a dar saltos al internarse por un camino de tierra. Luego, bruscamente, se detuvo.

Well cacareó:

—Final de trayecto, Dachs. Abajo.

Dachs se apeó empujado por la pistola de Well. Oyó el rumor del mar, de las olas al romper contra la costa, no muy lejos. Pero no veía nada a dos pasos.

Tras él, el pistolero ordenó:

—Párate ahí, mono.

Emerson apagó el motor, pero no las luces, que creaban un

entorno fantasmal apenas penetrando unos pasos más allá del coche. Se apeó refunfuñando y la humedad le caló hasta los huesos. Comenzó a rodear el coche. Era incapaz de ver ni su propia nariz.

Tampoco vio lo que se desplomaba sobre su cabeza. Estaba en la parte trasera del coche cuando el mundo estalló en una llamarada y un millón de lucecitas relampaguearon en alguna parte. Luego, se apagaron todas de golpe y el dolor fue sólo un chispazo, que también se extinguió cuando perdió el conocimiento, antes siquiera de desplomarse sobre la arena.

Acababa de caer, cuando una llave inglesa volvió a golpearle sin piedad, sólo que el pistolero ya no sintió nada.

Al otro lado, Well refunfuñó:

—¿Qué esperas, Emer? Acabemos de una vez. Hay que interrogar a ese mono. Recuerda lo que Ben nos dijo.

No obtuvo respuesta. Apretó con más fuerza la pistola. Comenzaba a ponerse nervioso.

—¿Emer?

El judío se enderezó, esperanzado.

Well rugió:

—¿Dónde diablos estás, Emer?

Silencio de nuevo.

Dachs balbuceó:

—Te has quedado solo, Well... Emer ha huido. O alguien le ha matado.

—¿Quién, maldita sea tu estampa?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Escucha, mono, tú sólo estás vivo porque necesitamos hacerte unas preguntas. Eso dijo Ben. Pero no me apures porque te vuelvo los sesos sin más. ¿Está claro?

Dachs cerró la boca.

Well gritó una vez más:

—¡Emer!

Sólo le respondió el rumor del mar, rompiendo allá abajo, como la voz de un monstruo invisible.

—Echa a andar hacia el coche, Dachs —decidió el pistolero—. Con cuidado o te la ganas.

Dachs se movió cautelosamente empezando a rodear el gran coche. De repente, sus pies se enredaron con el cuerpo de Emerson

y cayó hacia adelante lanzando un grito.

Instintivamente, Well disparó a ciegas y la bala zumbó por encima del judío.

Luego, él también tropezó con el cuerpo y dio un traspié.

Aún intentaba recobrar el equilibrio cuando en su nuca pareció estallar una bomba. Dio un grito, pero la llave inglesa volvió a caer sobre su cabeza y ya no gritó más.

Hecho un ovillo en el suelo, Dachs miró en torno tratando de comprender qué estaba pasando. Desde que oyera zumbar el plomo sobre su cabeza apenas respiraba, pero sabía que algo estaba pasando, algo que no entraba en los planes de los dos asesinos.

Aún continuaba sin aliento, sintiendo el corazón golpeándole en la garganta, cuando vio aparecer una forma imprecisa entre la niebla. Algo que no parecía siquiera de este mundo.

Y, realmente, no podía ser de este mundo aquel rostro blanco, aquella cara inexpresiva que flotaba en medio de la bruma.

No podía ser de este mundo porque era una mujer muerta.

CAPÍTULO X

El teniente Cox se echó atrás con un gesto cansado y ordenó:

—Llévenselo de aquí.

Lonegan abatió la cabeza. Junto a él, dos de los que hasta esa noche habían sido sus compañeros le empujaron hacia la puerta.

Sobre la mesa quedaban su placa, sus credenciales y el revólver de reglamento.

En la puerta, Ken hubo de echarse a un lado para dejar salir a la comitiva. Luego, entró y cerró despacio, fija la mirada en los objetos de encima de la mesa.

—De modo —comentó—, que era cierto...

—¿Tú lo sabías? —jadeó Cox.

—Tenía ciertas ideas.

—¡Así te parta un rayo! ¿Cómo podías saber que esa rata estaba a sueldo de Russo?

—Yo también dispongo de confidentes, viejo. ¿Cómo lo supiste tú?

—Yo hago las preguntas aquí.

Ken encendió un cigarrillo. Dijo suavemente:

—Hablé con Laurel, Jack.

Cox pensó que estaba volviéndose loco.

—¿Tú también?

—Ajá. Pero ahora lo que me preocupa es otra cosa.

—¿Qué?

—Dachs.

—¿Qué pasa con él? O quizá el fantasma te sopló algo que yo ignoro.

—Ese fantasma, como tú le llamas, nos ha señalado los puntos débiles de la coraza de Russo. Sólo que hemos sido lo bastante

idiotas para no hacerle ni caso.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Sperling era un punto débil en la cadena de distribución de drogas, y sabía quiénes de los pistoleros de Russo buscaban a Laurel. Lo desperdiciamos, por lo menos tú. Podías haberlo exprimido hasta obligarle a soltar lo que sabía. Ahora ya es demasiado tarde. Pero queda otro al que Laurel nos señaló: Dachs. Ese judío es algo más que un simple distribuidor.

Cox sacudió la cabeza. Pero gruñó:

—¿Todo eso te lo sopló el fantasma?

—Ni más ni menos.

—Me rindo. Al infierno contigo, con las explicaciones lógicas, con esa mujer que ni siquiera existe... ¡Al infierno con todo! Voy a echarle el guante a Dachs y le obligaré a hablar así tenga que arrancarle la cabeza de los hombros.

Ken disimuló la satisfacción que sentía.

—Eso debiste hacerlo hace tiempo.

—Sí, claro, para atraerme todos los picapleitos de la ciudad sobre mí. ¿Cómo crees que trabajamos los polizontes?

—Muy mal, si he de decir lo que pienso.

Con un bufido, Cox se dirigió a la puerta. Ken le siguió y mientras bajaban las escaleras el teniente ladeó la cabeza y le soltó con sarcasmo:

—A propósito, ¿le dijiste a Laurel que te habías enamorado de su hermoso fantasma?

—Sí.

—¿Qué?

—Se lo dije. ¿No es eso lo que has preguntado?

Cox ahogó una sarta de juramentos y ya no volvió a abrir la boca hasta que estuvieron a bordo del coche.

—Ahora veremos qué tiene que decirnos ese maldito judío.

Sólo que éste no podía decirles nada porque no estaba en su despacho ni nadie conocía su paradero.

Desconcertado, Cox titubeó.

—Conozco a Dachs muy bien —dijo entre dientes—. Es incapaz de abandonar su negocio cuando está en pleno rendimiento. De modo que no creo que tarde mucho en volver. Le esperaremos.

Ignorando las protestas del encargado, se colaron en el despacho

de Dachs y Cox fue a sentarse detrás de la mesa.

Comenzó a revisar los cajones hasta descubrir la pistola.

Se quedó mirándola muy quieto.

Dijo:

—Me gustaría saber cómo diablos...

—¿Qué dices?

—Daría la paga de un mes por saber cómo logró el fantasma que esta pistola no disparase. ¡Maldita sea! Empiezo a creer en milagros a estas alturas.

Ken desvió la mirada. Señaló la pared.

—Echa un vistazo a ese impacto. La pistola disparó.

—Pero no contra la aparición.

Para desviar el tema, Ken refunfuñó:

—Lo malo será si nos tiene aquí toda la noche...

No podían saber lo cerca que estuvieron de esperar eternamente la vuelta del judío Dachs.

En el sombrío paraje de la costa, Dachs estaba pasando por un infierno de dolor al volver a este mundo.

Sentía que iba a estallarle la cabeza, que el estómago le golpeaba en la garganta y que el mundo parecía girar al revés.

De pronto comprendió que aún estaba vivo y eso le ayudó a revivir.

Se arrastró de un lado a otro, con el dolor partiéndole el cráneo, Primero vio el cuerpo de Emerson, tendido y quieto.

Después descubrió a Well, tan inmóvil como el otro, y le entraron unas prisas endiabladas para alejarse de aquel lugar de pesadilla.

Se izó hasta el asiento del coche, lo puso en marcha y buscó la carretera casi a tientas.

Empezó a recordar mientras conducía. No estaba seguro de nada de cuanto le había sucedido. Recordaba que había hablado con la aparición, seguro de que la mujer le mataría. Tenía motivos para ello, eso había que reconocerlo.

Así que había hablado. Bueno, estaba bien, no se arrepentía después de que Russo intentara asesinarle.

Seguramente, bajo los embates del terror, había hablado más de lo que hubiera sido de desear. De eso no estaba muy seguro.

Después, cuando pensaba que ella, la escalofriante aparición, iba

a matarle, se contentó con golpearle con algo muy duro y ya no había nada más en sus recuerdos.

Pero lo importante, lo inmensamente grande, era que seguía vivo. Ahora adoptaría precauciones.

Estuvo a punto de despeñarse fuera de la carretera un montón de veces, pero al fin descubrió a lo lejos el halo fantasmal de las luces de la ciudad y respiró a pleno pulmón.

Estaba vivo.

CAPÍTULO XI

Emerson y Well cambiaron una mirada apurada. La cabeza amenazaba con caerles en pedazos.

Desde la mesa, Ben Russo ladró:

—¡Inútiles! Bastardos buenos para nada. ¿Quién pudo intervenir para salvar a ese desgraciado?

—Ni siquiera pudimos verle —se excusó Emerson.

—Quienquiera que fuera nos «limpió» además —dijo Well con voz ronca—. No nos dejó ni el tabaco en los bolsillos.

—¡Imbéciles del demonio! Apuesto que incluso llevabais documentos para que fuera más fácil la identificación.

De nuevo cambiaron una mirada.

—Documentos no, patrón —gruñó Emerson—. Sólo algún dinero, llaves, tabaco... ya sabe, cosas así.

—Y Dachs se lo llevó todo...

—¡No fue el judío, estoy seguro! Estaba demasiado aterrorizado para pensar en nada.

Levantándose, Russo se paseó de un lado al otro del despacho, más enfurecido a cada momento.

Como para convencerle, Well explicó:

—A mí me «limpió» más de doscientos pavos de este bolsillo, patrón.

Metió la mano en el bolsillo para demostrarlo, para que Russo viera que estaba vacío. Pero se quedó tan rígido que el forajido le espetó:

—¿Qué te pasa ahora?

Well sacó la mano. Sostenía un papel doblado en los dedos.

—¿Qué diablos...? —graznó.

Ben Russo se lo arrebató. Desdoblándolo, le dio un vistazo

apresurado.

Sorprendidos, los dos socios le vieron perder hasta el último asomo de color. Con piernas poco seguras volvió a sentarse al otro lado de la mesa.

Desde allí preguntó:

—¿Quién te dio ese mensaje?

—Maldito si lo sé. Debieron colocarlo en mi bolsillo después de quitarme el dinero.

Russo volvió a leer la nota. Era otra amenaza de alguien que ya no pertenecía a este mundo. Pero en ella se mencionaba algo que nadie podía saber.

Nadie, excepto él mismo, y una mujer que había sido degollada y arrojada a la bahía.

Una sola mujer en toda la tierra:

Laurel.

Y era su letra. La recordaba muy bien.

Casi sin voz ladró:

—¡Fuera de aquí, los dos!

Los pistoleros salieron casi corriendo. Habían temido que saldrían peor parados.

Russo hundió la cara entre las manos, tratando de reflexionar. Ahora sabía lo que era el miedo. El miedo a algo intangible, a algo contra lo que no servían de nada las pistolas porque ni siquiera sabía contra qué o contra quién había que dispararlas.

Además, estaban sus socios que se impacientaban, apresurándole cuando la policía estaba rastreando en torno. Y la prensa vociferando.

Dio un brinco cuando el timbre del teléfono le sacó de sus reflexiones.

Atrapó el auricular de un zarpazo y gruñó:

—¡Hable!

—¿Cómo te sientes, querido?

—¡Tú!

Era su voz, aunque destilaba sarcasmo. Sintió un sudor helado brotando de todos los poros de su cuerpo.

La voz socarrona del teléfono añadió:

—Empiezas a hundirte, ¿lo sabías? Y no he hecho más que empezar.

—No comprendo qué pasa contigo, ni quién eres, pero no conseguirás impresionarme. Yo no creo en aparecidos. Eso son cuentos de viejas.

—Yo no soy ninguna vieja, Ben. Quiero decirte algo que te interesará, ¿sabes? Creo que deberías ocuparte un poco más de tu amigo confidente.

—¿Qué, de quién estás hablando?

—De Lonegan, por supuesto.

Se quedó sin aliento.

—¿Qué infiernos quieres decir con eso?

—Lonegan está en apuros me parece a mí. Otra cosa más antes de colgar, ¿encontraste mi nota? Espero que ese pistolero tuyo te la haya entregado.

—De modo que fuiste tú...

—¡Pues claro que fui yo!

—¡No quiero decir eso! Nunca creeré que tú seas Laurel. De algún modo sabes lo que ella sabía y te aprovechas de esos conocimientos con algún fin.

—Oh, seguro, querido. El fin es acabar contigo. Piensa en eso porque el tiempo se te acaba y tú no puedes hacer nada para evitarlo.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Frenético, Russo discó el número de su abogado. Hubo de esperar un buen rato antes de obtener respuesta.

Entonces gritó:

—¡Habla Ben Russo!

—¡Maldita sea! ¿Sabes la hora que es?

—¡Al infierno la hora! Hay un detective llamado Lonegan que, según mis noticias, debe encontrarse en apuros. Tal vez le hayan detenido por soborno o algo así. Muévete. Quiero que le pongan en libertad bajo fianza o como sea, eso es cuenta tuya.

—Veré qué puedo hacer.

—¡Nada de ver lo que puedes hacer, sólo hazlo!

—Bueno, bueno, no te pongas nervioso conmigo.

Colgó, enfurecido e impotente. Todo se complicaba justo cuando había en marcha el mayor negocio de toda su vida. Una montaña de millones inmovilizados, y sus socios impacientándose, y el maldito Dachs vivo, suspendido sobre su cabeza como el hacha del verdugo,

porque si el judío se desmandaba sería una catástrofe.

Y la maldita mujer del teléfono. No creía que fuera Laurel porque ésta estaba bien muerta.

¿O no?

Se quedó rígido cuando la idea le asaltó. Emer y Well habían fracasado con lo del judío. ¿Cómo podía estar seguro de que no había sucedido igual con la maldita golfa?

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo. Los hombres pueden comprarse, todos tienen un precio y eso él lo sabía mejor que nadie.

Se levantó violentamente y a grandes zancadas se dirigió a la puerta.

Fuera, uno de sus matones se enderezó, pero pasó por su lado sin prestarle atención.

Abajo, apagada, se oía la música del club que funcionaba en el semisótano.

Russo recorrió un pasillo y la música y las voces le llegaron, nítidas.

El local estaba lleno. Era un buen negocio y otra buena tapadera. Buscó con la mirada hasta localizar al enorme individuo que sorbía una bebida en un extremo de la barra.

Se colocó a su lado mirando alrededor.

El gigante dejó el vaso.

—¿Me buscaba, patrón?

—Seguro, Dumper. Quiero que hagas algo.

—Bueno.

—Emerson y Well andan por ahí...

—Están sentados a una mesa con dos golfas.

—No los pierdas de vista ni un minuto, Dumper.

—¿Por qué?

—Me han fallado y no me fió de ellos. Quizá alguien les pagó, no lo sé. Ocupate de vigilarlos.

—De acuerdo, pero ¿qué hago si se marchan?

—Impídelo. Quiero que se queden aquí esta noche. Por lo menos hasta que yo vuelva.

—Está bien, patrón. No saldrán.

Dumper volvió a su bebida y Ben Russo salió a la calle.

Dentro de su coche aún permaneció unos instantes quieto, reflexionando sobre lo que se proponía hacer. Abrió la guantera y

extrajo un revólver de cañón corto, pero prolongado por el silenciador que llevaba acoplado. Rechinando los dientes, se lo metió en el bolsillo y puso el coche en marcha.

Ya era hora de hacer las cosas a su modo. No más presiones, no más amenazas pendiendo sobre su cabeza.

Mientras corría entre la niebla se dijo que lo de esa noche debiera haberlo hecho antes. Después, todas las decisiones dependerían única y exclusivamente de él.

Del gran Ben Russo...

CAPÍTULO XII

Simón Dachs abrió la puerta de su despacho y dio un paso adelante, pero se detuvo en seco al descubrir al teniente arrellanado en su propio sillón, y al reportero en una silla.

—Entre, Dachs —dijo el policía, ceñudo—. Nos ha hecho perder mucho tiempo.

—Nadie les ha autorizado a invadir mi oficina...

—Lo que son las cosas. Yo sí he autorizado que le preparen una celda. ¡Entre y cierre esa puerta de una vez!

Ken comentó, asombrado:

—¿Qué diablos le pasó, Dachs? Tiene un aspecto terrible.

—Nada que les importe.

Pero entró y cerró la puerta, quedándose de pie junto a la mesa, desconcertado por la sombría actitud del teniente.

Éste le espetó sin rodeos:

—Yo tenía un posible testigo en Sperling y una bomba le hizo pedazos. Ahora me queda otro testigo, y no voy a dejar que lo conviertan en polvo, de modo, Dachs, que he venido a preocuparme por su salud.

—Yo... yo puedo cuidarme muy bien solo.

—Ni loco se cree usted eso. Voy a acabar con Russo de una vez por todas y si usted quiere hundirse con él no seré yo quien se lo impida, pero quiero darle una oportunidad, Dachs. Una sola y maldita oportunidad. Póngase a nuestro lado y automáticamente se convertirá en testigo de la acusación, con lo cual obtendrá un trato de favor, protección las veinticuatro horas del día y, probablemente, la libertad después si no ha tomado parte en delitos de sangre.

—¡Yo nunca maté a nadie!

—Lo creo. Cuando quiso matar a un fantasma ni siquiera supo disparar una pistola. No voy a darle más vueltas a la cuestión, así que decídase. O le detengo o se pone a nuestro lado.

Ken pensó que aquello no podría salir bien. El judío debía saber que no existía base suficiente para su encarcelamiento. Pero mantuvo cerrada la boca.

También Dachs reflexionaba a toda presión. En otras circunstancias habría mandado a Cox al infierno. Ahora las cosas habían cambiado y él lo sabía.

Su aventura de esa noche, más la aparición de aquella maldita mujer, le habían desmoralizado.

Pero incluso así no estaba dispuesto a echarlo todo por la borda todavía. Había mucho dinero en juego...

Dijo con voz cautelosa:

—Esta noche, los hombres de Russo han intentado asesinar me.

Le miraron perplejos.

Cox sólo gruñó:

—Si eso es cierto me pregunto cómo está vivo todavía.

—Se lo contaré...

Y soltó toda la historia de un tirón, como si tuviera prisa por acabar.

Ken brincó fuera de la silla al oírle.

—¿Laurel le salvó? —dijo con voz ronca.

—Sí...

Cox refunfuñó:

—Está loco. Completamente chiflado, Dachs. ¿Quiere hacernos creer que una aparición le ha salvado la vida, venciendo a dos «torpedos» de Russo?

—Créalo o no, pero es cierto. Sin ella a estas horas yo estaría muerto.

—Bueno, pasemos por alto ese detalle, ya volveremos a discutirlo después. Ahora sólo dígame una cosa, gran tipo. ¿Por qué de repente Ben Russo quiere verle muerto?

Dachs titubeó. Ahí era donde no quería llegar.

Así que improvisó.

—Yo dejaba que los distribuidores de Russo utilizaran mi establecimiento para su negocio. De cualquier modo no podía negarme o lo habrían volado. Ahora... ahora quizá teme que le

delate a la policía.

—¿De veras cree que yo soy idiota, Dachs? —le soltó el policía, sarcástico.

Ken recordaba muy bien la conversación que había escuchado desde el otro lado de la puerta.

Dijo:

—Está guardándose todo lo que realmente tiene importancia para la policía, Dachs. Hay mucho más entre usted y Russo... Quizá el conocimiento de la gran partida de droga que han introducido últimamente en el país.

El judío se tambaleó.

—¡De eso no sé una maldita palabra!

—Miente, claro.

—Todo lo que sé es lo que se comenta bajo mano. Rumores y más rumores, pero nadie sabe nada concreto, y yo menos que nadie.

Cox se levantó con un suspiro.

—Usted lo ha querido. Le mostraremos el lado desagradable de la ley. Vámonos, Dachs.

—¿Va a detenerme?

—Tan seguro como es de noche.

—Quiero llamar a mi abogado.

—Claro, claro. Lo hará en su momento, aunque se me ocurre que cuando esos pistoleros le llevaron de paseo no le dieron la oportunidad de llamar a nadie. ¡Camine, maldito sea!

Le empujó hacia la puerta. Sólo que antes de que la abrieran, Ken les cerró el paso.

—¡Un momento, Jack!

—¿Qué te pasa ahora?

—Quiero saber qué fue de la mujer después que le hubo salvado el pellejo a esta rata.

Dachs balbució:

—No lo sé... me golpeó. Parecía fundida en la niebla...

Cox dio un bufido. Abrió la puerta y se llevó al judío a empujones.

Ken permaneció unos instantes quieto y pensativo, lleno de angustia, tratando de adivinar dónde estaría la muchacha y cómo llegar hasta ella antes que se metiera en un lío del que no pudiera escapar.

Se le ocurrió que tal vez hubiera decidido apretarle las clavijas a Russo. Esta sola idea le provocó un estremecimiento de pánico y se precipitó hacia la salida. Se juró a sí mismo que le arrancaría la cabeza a Russo si Laurel sufría el menor daño...

* * *

Ben Russo tenía ocupaciones mucho más urgentes por el momento, aunque eso Ken no pudiera saberlo.

Había sacado de la cama a su socio, quien estaba protestando todavía cuando Russo le atajó bruscamente:

—Deja de alborotar y sal unos minutos. Eso no te hará ningún daño y yo necesito hablar contigo.

—Mi familia está durmiendo. Entra y no hagas ruido.

—Pueden oírnos de cualquier modo. Mejor que hablemos en el jardín.

—Está bien, pero apresúrate. No quiero que se inquieten.

Ronald le siguió hasta cerca de la blanca valla de madera. La humedad de la niebla le penetró hasta los huesos a través de la ligera bata de seda y el pijama.

Impaciente, rezongó:

—¿De qué se trata, hay problemas?

—Y gordos.

Russo se volvió entonces. Tenía el revólver en la mano.

Su socio se quedó petrificado. Él dijo:

—Haré el gran negocio yo solo, Ronald. Sin presiones, con calma... y sin reparto.

El otro abrió la boca como un pez fuera del agua. Antes que pudiera emitir ni un suspiro el arma tosió dos veces en rápida sucesión.

Ronald giró sobre los pies. Una de sus zapatillas se quedó en el suelo cuando él cayó dando tumbos.

Russo contempló impasible cómo sus dedos arañaban la tierra unos instantes antes de quedar inmóviles. Luego, sin prisa, comprobó que estuviera bien muerto.

Satisfecho por ese lado caminó hacia donde había dejado el coche. Lo puso en marcha y se encaminó hacia su segundo crimen de la noche. Pensaba que si quería resultados debía hacer las cosas

por sí mismo. Ya no se fiaba de su gente...

George Tumbs vivía sólo en un lujoso apartamento de la cumbre de un edificio de reciente construcción. Tan pronto abrió la puerta, el revólver equipado con silenciador se le hundió en la barriga, empujándole hacia atrás.

—¿Te has vuelto loco? —barbotó, espantado.

—Estaría loco si no hiciera lo que voy a hacer.

—¡Ben!

El revólver hizo su trabajo. El proyectil empujó a Tumbs hasta tirarle de espaldas sobre la costosa alfombra. La sangre comenzó a manar, manchándola.

Russo se inclinó sobre él. La boca de su socio emitía un ronco espasmo y en ella burbujeaba la sangre.

—Ronald ya emprendió el gran viaje —dijo—. Yo nunca fui partidario de repartir nada con nadie.

George Tumbs aún le miró con ojos como cristal. Russo bajó el cañón del revólver y le disparó de nuevo, esta vez entre las cejas. Después de eso guardó el arma y se fue.

Condujo despacio hacia los muelles y allí se apeó, sumergido en la niebla. No había nadie por ninguna parte. Lejos, como el bramido de una bestia, sonó el ronco aviso de un remolcador.

Ben Russo sacó el revólver y lo arrojó al mar.

Silbaba entre dientes cuando regresó al coche. Estaba satisfecho por el trabajo bien hecho.

Había olvidado ya la advertencia de Laurel susurrada a través del teléfono. Eso fue un error, aunque Russo no podía saberlo.

* * *

Emerson dijo rechinando los dientes:

—Ese bastardo no nos pierde de vista ni un segundo.

John Well observó con cautela a Dumper, apostado junto a la salida del local.

—Y ni siquiera tenemos un arma —refunfuñó—. Hemos sido unos estúpidos.

—¿Qué crees que se propone?

—¿Dumper? Sólo impedir que nos larguemos. Es un pedazo de bestia sin seso.

—Me refiero a Russo.

Well se estremeció.

—Le fallamos. O por lo menos eso cree él. No es difícil imaginar lo que piensa hacer.

—¿Librarse de nosotros?

—Eso creo.

—Yo no voy a dejar que me lleven al matadero como una res.

—¿Olvidas que estamos sin armas?

—Pero somos dos. Y Dumper sí tiene un arma, eso es seguro.

—Comprendo, pero habrá de ser todo muy rápido o él sacará la pistola.

El salón del club estaba desierto. Sólo quedaban ellos dos y el enorme guardián junto a la puerta. Hasta los mozos se habían retirado.

Echaron a andar hacia la salida.

El enorme individuo se enderezó. Sacudió la cabeza de un lado a otro.

Dijo con su vozarrón:

—Ben dijo que había que esperarle, Emer. Volved a la mesa.

—Bueno...

Los dos le saltaron encima como impulsados por un resorte. Emerson se abrazó materialmente al gigante, dificultándole los movimientos. Well le hundió la puntera del zapato entre las piernas y el sonido que se produjo no auguraba nada bueno para Dumper.

Éste, aullando, arrojó a Emerson lejos de sí, pero el terrible dolor del puntapié le dobló hacia adelante. Well volvió a utilizar la pierna y le incrustó la puntera del zapato en la cara.

Emerson levantó una silla, gritando:

—¡Apártate, Johnny!

Volteó la silla y la estrelló contra la cabeza del enorme gorila. La silla se hizo astillas y la cabezota de Dumper también.

Jadeando, los dos pistoleros contemplaron un instante la sangre que empezaba a formar un charco debajo de la cara de Dumper.

—La pistola —barbotó Well.

Se la quitaron al gigante. Era una automática del 45.

Well tendió la mano.

—Dámela, quiero ser yo quien le vuele los podridos sesos.

—Bueno.

Well sujetó el arma. Se miraron, titubeando. Luego, como puestos de acuerdo en silencio, se dirigieron a la oficina de Ben Russo.

Ahora, la muerte esperaba al rufián en su propia madriguera.

CAPÍTULO XIII

Cuando Ken entró en su apartamento el teléfono estaba sonando. Lo descolgó de un zarpazo, oyendo la suave voz de Laurel.

Apenas pudo contener un grito de alivio.

—¡Por poco no me dio un infarto cuando vi que habías desaparecido! —chilló—. ¿Qué demonios tienes en lugar de sesos, nena?

—No alborotes, querido. Lo he conseguido.

—¡Has conseguido que casi te maten! Sé que luchaste contra dos pistoleros de Russo.

—No fue una lucha. Ni siquiera lograron verme cuando les golpeé en medio de la niebla. En realidad, fue fácil.

—¡Condenación! Debes estar loca.

—Por ti en todo caso. Ken. ¿Es que no me has oído antes? Te dije que he descubierto el escondrijo de Russo. Es increíble lo que hay allí.

Ken casi mordió el auricular.

—¡Maldito si me importa lo que hayas encontrado! Aléjate de donde sea que estés, porque si es un escondrijo de Russo él puede aparecer en cualquier momento.

—No lo creo. Escucha, ahora ya puedes traer al teniente Cox contigo. Esto es el final de Ben Russo. ¿Recuerdas el Gallo Rojo?

—¿Ese *cabaret* que había en la costa?

—Sí. Cerró hace casi dos años.

—Sé dónde estaba, pero actualmente debe ser un montón de ruinas.

—Me encontrarás allí, cariño. Es el almacén de Russo.

—Pero ese local jamás le perteneció que yo sepa.

—Quizá pertenece a alguno de sus socios. Por favor, date prisa,

querido.

Colgó dejándole a él con el alma en vilo. Frenético, llamó al teniente y su voz le llegó cansada a través del auricular.

No le dio tiempo a formular pregunta alguna.

—Toma el coche y reúnete conmigo a la puerta de mi casa, Jack. Voy a proporcionarte el mayor triunfo de tu carrera.

—¿De qué infiernos estás hablando?

—Ya deberías estar en camino. Hemos acabado con Russo.

Colgó, seguro de que sus últimas palabras harían volar al policía.

Realmente, Cox llegó en un tiempo récord. Apenas paró el coche Ken saltó al asiento y le indicó adónde debía dirigirse.

Cox se encrespó.

—¡Pero ese viejo edificio está casi en ruina! —protestó de mal talante—. Era propiedad de una sociedad que quebró hace dos años.

—¿Recuerdas el nombre de alguno de los socios?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? Lo que quisiera saber es lo que esperas encontrar allí.

—Si no me equivoco, el cargamento de Russo. O pruebas suficientes para llevarlo a donde debe estar.

El coche dio un bandazo cuando Cox se volvió hacia él.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé con Laurel. Nos espera allí.

Esta vez Cox casi perdió el control del auto.

—Ya estamos otra vez con lo mismo. ¿Quieres hacerme creer que esa aparición, o lo que infiernos sea, te ha «soplado» el escondrijo de la droga?

—Eso es lo que estoy diciéndote.

—¿Y que ella está allí, esperándonos, de modo que yo podré verla?

—Con toda seguridad.

—Ken, si te propones tomarme el pelo te saltaré los dientes de un guantazo. Y hablo en serio.

—Espera a verla no te pido nada más.

El policía le miró de mala manera, pero sin replicar. En realidad, hasta mucho después no pareció recobrar la voz.

Entonces gruñó:

—De cualquier modo será una experiencia nueva eso de discutir

con un fantasma.

No hubo respuesta, de modo que siguió conduciendo con dificultad entre la bruma y al fin los faros descubrieron lo que quedaba de lo que, mucho tiempo antes, fuera un lujoso *cabaret*.

Cox paró el motor. En las tinieblas, una linterna destelló dos veces y luego se apagó.

Los dos hombres se dirigieron a las ruinas.

Impaciente, Ken llamó:

—¿Laurel?

—Estoy aquí.

La linterna se encendió otra vez, cegándoles. Cox rugió:

—¡Aparte esa maldita luz! ¿Quién diablos es usted?

—Laurel Cope, teniente.

La linterna enfocó la luz sobre la cara de quien la manejaba, descubriendo el rostro fantasmal de la mujer.

Cox emitió un quejido y por poco no se cayó de espaldas.

Vio como Ken avanzaba hacia ella y, abrazándola, la besaba apasionadamente en plena boca. No podía creerlo.

La linterna se desprendió de los dedos de la muchacha y rodó por el suelo.

Cox la atrapó casi al vuelo y dirigió la luz a la pareja que parecían haberse olvidado de su existencia. Seguían estrechamente abrazados, las bocas enzarzadas en un combate interminable.

Se convenció de que la mujer no era ningún fantasma.

—¡Ya basta! —chilló.

Le contemplaron socarrones, bajo la intensa luz.

Ken dijo:

—No te alteres, no es ninguna aparición del otro mundo. Te aseguro que es condenadamente sólida y tengo sobrados motivos para saberlo.

—Ya lo veo. ¿Va a decirme alguien quién es ella, de una maldita vez?

—Laurel, sin la menor duda.

—No lo creeré en mil años. Se comprobaron las huellas dactilares de aquel cadáver. Eran las de Laurel Cope y eso es seguro.

La muchacha sacudió la cabeza.

—Ése es el único misterio que aún no comprendo. Ella era una íntima amiga mía llamada Nora. Se ofreció para recoger mis cosas

más imprescindibles y llevarlas a su casa, mientras yo me internaba en una clínica para someterme a una intervención de cirugía estética. Pensaba que de ese modo Russo jamás podría encontrarme.

—Ya veo... ¿Qué es lo que ha encontrado en este montón de escombros? Y no crea que doy por buena su explicación, quiero saber mucho más.

—Todo lo que quiera, teniente. En cuanto a lo que hay aquí...

—¿Sí?

—Dachs habló más de lo que habría querido cuando se vio al borde de la muerte. Existe un sótano aquí donde ocultaron todo el cargamento. Una montaña de heroína.

Cox se quedó boquiabierto.

—De modo que era cierto; existe ese cargamento.

—Eso te valdrá un ascenso.

—No me disgustaría Pero aún he de resolver el misterio de las huellas dactilares de aquel cadáver... Vamos a ver ese veneno.

La muchacha les guió para que pudieran comprobar la importancia del descubrimiento.

Ken pensaba en la cantidad de desgraciados a quienes la heroína habría destruido.

Cox pensaba en otra cosa.

—Ahora podremos felicitar al amigo Russo —rechinó enfurecido—. Y quiero que usted venga con nosotros, Laurel. Será una gran cosa ver la cara de ese bastardo cuando la vea frente a él... cuando creía haberla asesinado.

CAPÍTULO XIV

Ben Russo subió las escaleras apresurado, pensando en que ahora el inmenso beneficio del gran cargamento sería para él solo.

No vio a los dos hombres hasta llegar al rellano, frente a la puerta de su despacho.

Well balanceó la potente automática.

—Hola, patrón —dijo con sarcasmo.

—¿Qué diablos significa eso?

—No nos gustó la escolta que nos puso, jefe —dijo Emerson—. No era ésa la manera de pagarnos lo que habíamos hecho.

—¡Espera un minuto, debe haber algún error, Emer!

—El error fue tuyo, maldito bastardo. Creíste que podrías liquidarnos sin más, sólo porque habíamos fallado una vez. ¡Dale lo suyo, Well!

—¡Espera! —rugió el forajido.

Well le dio al gatillo una y otra vez y los pesados plomos de la automática casi levantaron a Russo del suelo, tirándole de espaldas a las escaleras.

Rodó dando tumbos, desapareciendo. Se oyó el sordo batacazo del cuerpo al llegar abajo y los dos asesinos cambiaron una mirada, satisfechos.

Emerson alabó:

—Buen trabajo, compañero.

—Sí.

Well limpió la pistola con un pañuelo y la tiró a un rincón. Descendieron las escaleras y vieron el cuerpo despatarrado allá abajo, casi estorbando para abrir la puerta de servicio.

Lo apartaron a puntapiés y luego abrieron la puerta, sólo que no llegaron a salir.

Se quedaron muy quietos ante el pesado revólver de reglamento con que el teniente Cox les apuntaba.

—¡Las manos sobre la cabeza, vivo! —ordenó el policía.

Obedecieron, incapaces de salir del estupor que les paralizaba.

—Regístralos, Ken.

El reportero comprobó que no llevaban arma alguna, y tras esto unas esposas de acero unieron sus muñecas.

Cox les espetó:

—¿Quién ha disparado ahí dentro?

Se disponían a replicar cuando la muchacha surgió de la niebla. Ambos dieron un salto atrás, espantados, porque recordaban muy bien el terrible tajo en su garganta, y cómo había brotado la sangre... y cómo la habían arrojado al agua...

Retrocedieron barbotando palabras incomprensibles hasta que la pared, a sus espaldas, les detuvo.

Continuaban medio locos cuando se los llevaron.

Para Cox, el caso estaba resuelto, sobre todo contando con el cadáver de Russo convertido en una criba.

El único misterio que quedaba se resolvió en su oficina horas más tarde. Rojo de cólera, por supuesto, pero se resolvió.

—Estoy rodeado de idiotas —le confesó a Ken con voz amarga—. El maldito Mungan tenía una cita con una golfa. Ella le esperaba en su apartamento dispuesta a interpretar la danza del vientre o algo así, ¿comprendes? Bueno, en lugar de ir al depósito a tomar las huellas del cadáver, fue al archivo y sacó copias de las que ya teníamos en la ficha de Laurel. De este modo pudo acudir a su cita a tiempo...

—Espero que por lo menos disfrutara con la danza del vientre, o lo que fuere...

Se echó a reír. Cox sacudió la cabeza.

—En parte la culpa fue mía —gruñó—. Yo le dije que la mujer muerta era Laurel Cope, así que él consideró que no tenía objeto ir hasta los muelles sólo para tomar unas huellas que tenía aquí, al alcance de la mano.

—Con lo cual creó un fantasma. Y a propósito de fantasmas, ella está esperándome. Nos veremos a mi regreso.

—¿Regreso de dónde?

—De las Bahamas. Nos vamos de vacaciones. ¿No te lo había

dicho? Laurel y yo... Incluso es posible que algún día me case con ella.

Salió, cerrando de un portazo.

Cuando Cox recobró el habla, el periodista debía encontrarse ya camino del Caribe por lo menos.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas)(para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron(en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.